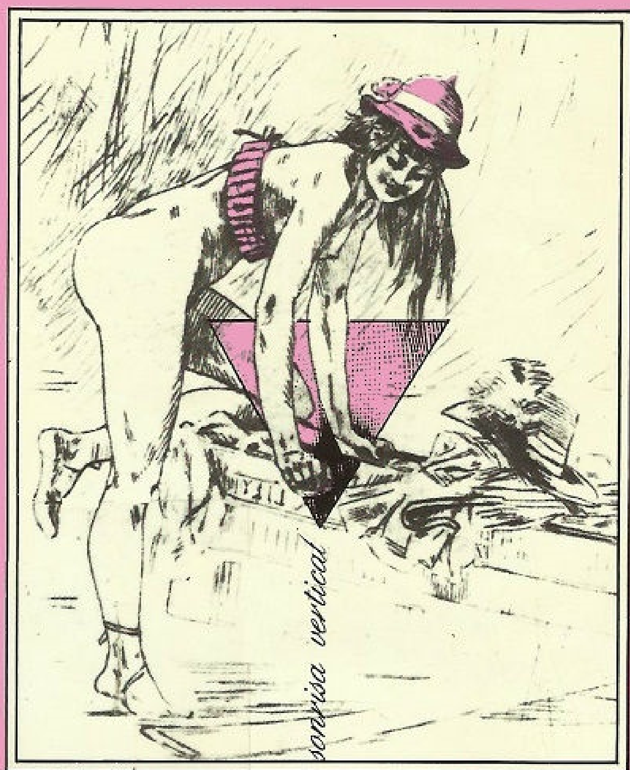
Pierre Mac Orlan

Mademoiselle de Mustelle y sus amigas



La sonrisa vertical



Mademoiselle Lucette de Mustelle nunca había apreciado mucho sus estudios en el modélico Lycée Molière, por lo que no podía ocultar su alegría ante la perspectiva de otro verano en el castillo familiar. Pero no por ello se suspendieron las clases, si bien éstas fueran de muy distinta naturaleza. A sus inquietos 14 años, Mademoiselle de Mustelle estaba ya más preparada para los juegos del sexo que del espíritu. Los maestros que primero la acompañaron en ese placentero aprendizaje fueron Miss Ketty la institutriz, Alice la cocinera y el criado Firmin. Ante la actitud despreocupada de la madre, más atenta a sus propias aventuras que a la formación de su hija, Lucette dio rienda suelta a los impulsos de su díscola curiosidad y pasó a experiencias más sofisticadas de la mano de los inescrupulosos amantes de su madre, Sir Archibald y Maurice, quienes completaron las peculiares enseñanzas de su aplicada alumna. Y así, Lucette y sus amigas, ya en pleno conocimiento de sus apetencias, sembraron recuerdos inolvidables por todos los rincones del castillo y de los bosques que lo rodean.



Pierre Mac Orlan

Mademoiselle de Mustelle y sus amigas

La sonrisa vertical - 65

ePub r1.0
Titivillus 30.09.15

Título original: *Mademoiselle de Mustelle et ses amies*
Pierre Mac Orlan, 1911
Traducción: Carmen Artal
Prólogo: Pascal Pia

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Prólogo

La publicación de las obras completas de un autor nunca es completa, de no tratarse de una publicación póstuma. Un autor, sobre todo si es apreciado —y debe serlo para que un editor se comprometa a recoger y publicar todos sus escritos—, excluye generalmente de los honores de la reimpresión algunas de sus obras más antiguas: ya sea porque, pasado el tiempo, las considera mediocres, ya sea porque expresaba en ellas convicciones que ha perdido, ya sea porque no quiere que se incorporen al conjunto de su producción textos escritos por encargo, apresurados, para ganarse cuatro perras.

Gilbert Sigaux, en quien recayó la responsabilidad de reunir en veinticinco volúmenes toda la obra de Mac Orlan [publicada por la ya desaparecida Librairie Rencontres, de Lausanne], reconocía con toda franqueza, en el prólogo del último tomo, que no había conseguido rescatar muchas de las páginas publicadas antaño en periódicos, ni tampoco algunos prólogos entregados por amistad para obras sin importancia o para catálogos de exposiciones pictóricas. Añadamos que el propio Mac Orlan, cuya muerte sobrevino poco antes de la salida del tomo XXV, había decidido que se omitirían en las obras completas la prosa y los poemas de juventud publicados con su verdadero nombre, Pierre Dumarchais
(1882-1970)
, o bajo otros seudónimos que el seudónimo escocés que le hizo célebre y que la posteridad recordará.

Al principio, entre 1902 y 1904, este seudónimo no le había servido sino para firmar su obra gráfica, que consistió esencialmente en dibujos en blanco y negro. En su libro *La petite cloche de Sorbonne*, al evocar el tiempo que vivió en 1903 en Rouen, donde fue corrector en la imprenta de un periódico, dice: «Mi presencia entre linotipos no dejaba prever mi entrada en la sociedad de los escritores. Si pasé a ser miembro de la

corporación, fue sobre todo por desesperación; de trauma en trauma y de entusiasmos más o menos clandestinos en entusiasmos, fue cómo, ante todo, sentí el deseo de expresarme empleando el gouache y el óleo, al igual que tantos otros». Oficialmente, la entrada de Mac Orlan en el terreno de las letras se sitúa pues en torno a sus treinta años.

Acerca de sus inicios como escritor Mac Orlan se mostró siempre muy discreto. Tal vez haya conservado de aquel período escasos recuerdos. No obstante, cuesta creer que lo hubiera olvidado del todo. En lo que a nosotros se refiere, nos inclinamos más bien a pensar que algún antiguo revés afectivo hizo que se apartara del personaje inquieto y trastabillante que los huecos de su biografía dejan sospechar. Oficialmente, el Mac Orlan escritor no salió a la luz hasta 1910. En realidad, ese nuevo autor relevaba a otro que había publicado ya seis o siete obras, de las que cinco al menos llevaban la firma de Pierre Dumarchais.

Dos de sus obras no figuran en ninguna gran biblioteca pública, ninguna bibliografía los registra y los albaceas de Mac no descubrieron ejemplar alguno de ellas en su casa después de su muerte. Una, probablemente en prosa, se titularía Les cartons et les chiffes et le scarabée bleu*; pero no podemos sino citar en condicional este título, ya que no es imposible que la mención que se hizo de él en 1909 en una lista de obras «del mismo autor» lleve una errata y que habría que decir* chiffres *en lugar de* chiffes. *Todo lo que sabemos de esos «cartones» y «cifas» o «cifras» asociados a un «escarabajo», es que en 1909 estaban agotados (el tiraje no debió de ser muy importante). ¿En qué fecha habían sido escritos? Probablemente entre 1906 y 1908, poco antes o poco después de la impresión de una separata de poemas, también inencontrable,* La clef des tours*, poemas a los que André Salmon [poeta, novelista, ensayista y memorialista francés de la primera mitad de nuestro siglo] hace alusión en sus* Mémoires sans fin*, pero deformando involuntariamente el título. Al evocar las relaciones amistosas que les unieron muy pronto en Montmartre, Salmón escribe de su compañero de juventud: «Era el poeta de las* Clés de la tour*, e incluso no tardaría en pedirme, curiosamente, que le diseñara la tapa de esa separata, precisamente él a quien teníamos por un brillante dibujante».*

Una vez desaparecidos los Cartons *y desaparecida* La clef des tours*, no queda de Pierre Dumarchais sino tres obras por encargo cuyos ejemplares son hoy muy escasos. Se trata de una novela de flagelación, de una antología de* nouvelles *del mismo género y de una recopilación sobre el mismo tema, compuestas tipográficamente todas por Jean Fort, a la vez editor y librero en el número 73 del Faubourg Poissonniére, frente al cuartel de la Nouvelle France: son* La comtesse au fouet belle et terrible*, que lleva el subtítulo de «la novela de una protagonista de Sacher Masoch», publicada en 1908;* Les grandes flagellées de l'Histoire*, «estudios sobre la flagelación disciplinar de las mujeres en Europa», publicada en 1909 y que va acompañada de veinte ilustraciones fuera del texto realizadas por un tal Jean Macorlan [sic]. ¿Son estas ilustraciones de Jean Dumarchais, hermano de Pierre? Dejemos a otros la incumbencia de contestar a esta pregunta, si es que pueden; en cuanto a la tercera obra inspirada en el mismo tema, que lleva la firma de Pierre Dumarchais y va fechada en 1910, reúne seis* nouvelles *bajo un título que imita el de un texto documental,* Le masochisme en Amérique*, «recopilación de relatos e impresiones personales de una víctima del feminismo», seguido de* La petite Marquise de Sade.

La venta de estas tres obras debió de satisfacer a su editor. Ya en 1910, éste procedió a una reimpresión de La comptesse au fouet*, cuyo primer tiraje se había agotado en menos de dos años, e incitó a Mac Orlan, o mejor dicho a Dumarchais, a llevarle inmediatamente el manuscrito de otra novela, anunciada como «en preparación» en 1909 con el título de* Lise fessée ou La petite fille de joie. *Este título fue más tarde abreviado, ya que todos los ejemplares que hemos podido examinar de esta obra ponen simplemente* Lise fessée. *Lo cierto es que, entre 1910 y 1914, Jean Fort publicó igualmente, y en condiciones legales, cinco obras de la misma naturaleza: primero* Lise fessée*, luego* Baby douce fille; Miss; Petite dactylo*; y* Quinze ans*, todas atribuidas a Mac Orlan pero todas firmadas «Sadie Blackeyes».*

¿Por qué Pierre Dumarchais se travistió aquí en una inglesa de ojos negros? En nuestra opinión, debe buscarse la explicación en el hecho de que los años
1910-1914

son aquellos en los que Mac Orlan, quien empezaba a dar a conocer sus cuentos burlescos en Journal, Comoedia *y en varios semanarios, aparecía en las mesas de las librerías bajo su seudónimo escocés definitivo con* Les pattes en l'air *(1911),* La maison du retour écoeurant *(1912),* Le rire jaune *et* Les contes de la pipe en terre *(1914). Nadie en el mundillo literario ignoraba que Dumarchais y Mac Orlan eran la misma persona. Más le valía por consiguiente poner en remojo a Dumarchais y preservarse de la malicia de los chismosos atribuyendo a partir de entonces a una lejana «Sadie Blackeyes» las historias de castigos escritas* currente calamo *para una clientela de lectores en busca de emociones.*

No cabe duda alguna de que esa literatura muy particular tiene su origen en la necesidad en que se encontró Mac Orlan de aceptar cualquier trabajo que le proponían, y la prueba es que, en cuanto tuvo la libertad de elegir él mismo el tema de sus obras de ficción, renunció fácilmente a los relatos de fustigación y castigos. Y creemos que André Salmón ensombrece demasiado la situación del Mac Orlan mercenario de la pluma cuando escribe en sus Mémoires sans fin*: «Mac trabajaba con gran congoja para Jean Fort, librero y sucesor de Paul Fort (nada en común con el maestro de* Ballades françaises), primer editor de en visite
L'Amour
de Alfred Jarry».

El contenido de Grandes flagellées de l'Histoire *da fe de que, al hilvanar esa rapsodia sadomasoquista, Mac Orlan, lejos de caer en el desamparo, se entregaba aquí y allá a la risa, atribuyendo a antiguos escritores, a quienes otorgaba el nombre deformado de algunos de sus amigos, la autoría de obras al parecer históricas pero del todo imaginarias. Así es como el poeta Fernand Chaffiol, quien vivía por aquel entonces en Montmartre, se vio convertido, bajo el nombre de Chaffignol, en frecuentador de la corte de Catalina de Rusia, mientras Salmón podía reconocerse bajo las apariencias de un pretendido André Çailmon, escritor del siglo* XVIII *y autor de una novela titulada* Zamir ou Le sopha d'occasion.

Editor poco exigente y, de todos modos, demasiado inculto para proceder a un examen de los manuscritos que le llevaba

Mac Orlan, Jean Fort, contrariamente a lo que dice Salmón, no era el hijo, sino el sobrino de Pierre (y no Paul) Fort, quien, por recomendación de Rachilde [cuyo nombre verdadero es Marguerite Eymery, novelista y ensayista francesa
(1860-1953)
, autora de libros que causaron gran escándalo en su época entre los que el más conocido es Monsieur Vénus]*, había adquirido a Alfred Jarry los derechos de* en visite
L'Amour
. Tras empezar como simple chico de los recados en la imprenta de su tío, Jean Fort se estableció luego por su cuenta y, al igual que su tío, se aventuró en la publicación de obras más o menos subidas de tono. Tras publicar a algunos autores que él había conocido en la imprenta de Pierre Fort, reclutó a otros por mediación de los primeros. Imposible saber hoy gracias a quién Mac Orlan conoció a Jean Fort, pero es verosímil que quien les pusiera en contacto fuera uno de los «negros» de la pluma o del pincel que, hacia 1908, frecuentaba, como Mac Orlan, el Lapin Agile y los cafés de la Place du Têrtre.

Sin percibir grandes fortunas, la infraliteratura que entregaba a Jean Fort presentaba con toda seguridad la ventaja de aportar a Mac Orlan algo más de lo que le aportaban en la misma época los textos que él cedía a Emite Benît, editor de canciones, situado en el número 13 del Faubourg Saint-Martin. Queda poca cosa de la producción de coplas y monólogos de Mac Orlan.

*

Hasta ahora no hemos hablado sino de libros cuyo nacimiento, por desconocidos o poco conocidos que aquéllos sigan siendo, no quedó silenciado. Nos queda por decir lo que sabemos a partir de 1920, y sobre todo durante los años veinte, sobre las obras escritas antaño por Mac Orlan para editores clandestinos.

A principios de siglo, una decena de editores alimentaba en París el comercio de libros conocidos por ser contrarios a las buenas costumbres. Bajo el Segundo Imperio, e incluso hasta la

época de Grévy, los editores de libros ereccionales estaban casi todos en Bruselas o en Amsterdam, pero la Exposición de 1889 y luego la de 1900, al atraer a París una cantidad considerable de provincianos y extranjeros, incitó a los astutos artesanos del libro a reimprimir discretamente los clásicos de la obscenidad. Así es cómo se reeditó Gamiani [de Alfred Musset, traducción española en Tusquets Editores, colección La sonrisa vertical 4] quince o veinte veces en pocos años y en formatos pequeños. Pero como la librería, incluso cuando es clandestina, necesita novedades, los mismos editores se pusieron a buscar manuscritos inéditos.

Algunos de estos señores sólo ejercían una actividad clandestina. Otros, por el contrario, publicaban abiertamente obras muy confesables. En muchos casos eran a la vez editores y libreros y, al haberles permitido su doble profesión conocer personalmente a los autores, no es de extrañar que hayan podido en muchas ocasiones pedir textos picantes a escritores de talento, mientras que los editores que trabajaban en la sombra debían contentarse con los manuscritos que escribían para ellos pornógrafos tan escasos de luces como de sintaxis. Al parecer Mac Orlan tuvo relación precisamente con uno de estos editores anónimos para la primera obra que él dio a publicar clandestinamente y cuya página de créditos reza: «Femmes du monde et sang bleu, Primera parte: Georges, por el Caballero de X… Fuera de comercio. Tiraje reducido para los amigos de Isidore Liseux, 1908». Dos partes más debían completar la primera. Nunca aparecieron, y seguramente no fueron jamás escritas, ya que el tal Caballero de X… debió de ser más o menos engañado por el editor que se jactaba, muy abusivamente, de satisfacer a la clientela de bibliófilos del fallecido Liseux.

En 1910 y 1911, Jean Fort publicó clandestinamente y con el seudónimo de P. du Bourdel dos novelas más de Mac Orlan tituladas, la primera, Les aventures amoureuses de Mademoiselle de Sommerange ou Les aventures libertines demoiselle de qualité sous la Terreur

d'une

, y la segunda, Mademoiselle de Mustelle y sus amigas, «novela perversa de una niña elegante y viciosa». Al ser secuestrados los pocos ejemplares de estas obras junto con otros libros licenciosos,

las señoritas de Sommerange y de Mustelle cayeron víctimas las dos de las condenas que la Audiencia del Sena pronunció en octubre de 1913 y 1914, pero, como el mandato de secuestro ordenado por el Tribunal afectaba a unos veinte títulos distintos, nadie se preocupó por identificar al tal du Bourdel cuyas dos novelas estaban destinadas a desaparecer, según decisión de un jurado que no las había leído.

Más tarde, no obstante, se hablaría de Mademoiselle de Mustelle *cuando nuestro amigo René Bonnel hizo de ella una reedición de tan sólo 128 ejemplares en 1928. Bonnel se divirtió encuadernando esos 128 ejemplares con una tapa frágil, análoga a la de los ejemplares en rústica de la célebre Bibliothèque Rose [antiquísima colección juvenil francesa publicada por Hachette, cuyas cubiertas eran de color rosa]. En la tapa se leía incluso el nombre y la dirección de la Librairie Hachette, pero hasta ahí llegaba el parecido, pues bastaba con abrir el libro para ver que en la página de créditos se atribuía la edición a una empresa ¡de Santo Domingo! Quiso la casualidad que uno de los jefes de la Librairie Hachette se enterara de que un gracioso se había atrevido a utilizar el nombre de esa prestigiosa firma para presentar una obra licenciosa. Hubo un gran revuelo en la sede del Boulevard Saint-Michel. Se interpuso una demanda por imitación fraudulenta contra X… en 1929. Los pocos ejemplares de la edición delictiva poblaban hacía ya tiempo las bibliotecas de los coleccionistas. Con gran dificultad consiguió un investigador hacerse con un ejemplar. La policía procedió a realizar unos veinte registros infructuosos. Bonnel fue molestado, pero nada permitió establecer su culpabilidad. Es grato comprobar que, en materia de librerías, las operaciones policíacas prescritas por las autoridades son a veces comparables al empleo de un martillo pilón para matar una mosca que se escapa a tiempo.*

La cuarta obra que Mac Orlan entregó a la edición clandestina salió a la luz en 1919; pero habría aparecido cinco años antes si las persecuciones de 1913 y 1914 contra Jean Fort y luego la guerra de 1914-1918 no hubieran perjudicado su publicación. Va firmada con el seudónimo de Sadinet y lleva por último Petites cousines,

«recuerdos eróticos de un hombre de calidad que toca a las encantadoras primitas, a las mujeres de servicio, a las mujeres de gran mundo y a las hermosas muchachas de provincias». Por epígrafe lleva esta cita de Ausonio: «Son tres en la cama: dos hacen el amor y dos se someten a él. —¿Serán así cuatro?—. Te equivocas. El de la derecha cuenta por uno y el de la izquierda por otro, pero el que está en medio cuenta por dos, ya que actúa y se somete a la vez».

En 1926, Mac Orlan se abstuvo de firmar con su nombre La semaine secrète de Vénus, pero, si tomó esta precaución, no fue porque su texto era de naturaleza tal que pudiera alarmar al Ministerio del Interior o los tribunales. Lo que le llevó a ser discreto fue más bien el carácter bastante audaz de las litografías de Vertès que ilustraban aquellas siete prosas cortas. Al guardar el anonimato tanto el artista como el editor (el librero Paul Cotinaud), Mac se vio obligado a hacer lo mismo.

Para completar este intento bibliográfico de la obra de Mac Orlan, señalemos que fue también él quien, en 1911, se encargó de prologar una edición revisada y aumentada de Maisons de flagellation del Dr. Fowler, «tratado sobre los métodos empleados por flagelómanos». Esta edición, publicada por Jean Fort, no fue clandestina, pero se nos escapa la procedencia de la obra. Una edición anterior y más sucinta lleva una extraña rúbrica: «París-Fraga (sic), E. Torok». Es de 1907. ¿Era la edición original? ¿Acaso no sería la traducción de una obra inglesa, publicada antes en Gran Bretaña o en los Estados Unidos? En la edición de 1911, el prólogo atribuido a Mac Orlan va firmado Pierre de Jusange. No cabe duda de que a Mac le gustaba otorgarse la partícula «de» cuando elegía el nombre que le servía para ocultar alguna obra: Chevalier de X., P. P. du Bourdel, Pierre de Jusange, y también Claude de Saint-Hièble, que no encontramos sino en una miscelánea publicada en 1919 por Jean Fort y dedicada a
des apothicaires
L'instrument
.

Habrá quien nos reproche por dar aquí información sobre los inicios de Mac Orlan que él mismo nunca ofreció. A nuestro entender, era normal que él guardara silencio sobre obras que no

hubiera escrito si no hubiera tenido que resolver difíciles problemas de fin de mes, e incluso de fin de semana. Pero sus obras confesas presentan tanto interés que probablemente serán un día estudiadas con esmero y que investigadores se las ingeniarán para recoger los elementos de una biografía exacta y precisa. Pensamos que lo que sabíamos merecía quedar registrado y que facilitaría tal vez la tarea de futuros macorlanistas.

A Apollinaire, quien fue uno de los mejores amigos de Mac Orlan y quien, como él, se vio obligado a entregar escritos a francotiradores de la edición, no parece haberle perjudicado el que sus curiosa *salieran a la luz. Lo mismo ocurrirá con Mac Orlan. Importantes o no, no hay facetas de su carácter que puedan acarrearle antipatías.*

Pascal Pia

Capítulo primero

Lucette de vacaciones — Curiosa índole de una jovencita elegante — Su hermana — Diálogos en el *office*

«¡Uf! Por fin voy a perder de vista este horrible antro durante una temporada». Así era como Mademoiselle de Mustelle se dirigía a su institutriz inglesa mientras cruzaba las puertas del colegio Moliere.

Era época de vacaciones y Mademoiselle Lucette, que sólo sentía un entusiasmo moderado por el programa de estudios de la enseñanza secundaria, manifestaba su alegría con aquel lenguaje poco académico.

—No hable usted así —dijo Miss Ketty, la institutriz—, Madame se lo ha prohibido.

—¡Ah, si hubiera que hacer caso de todo lo que dice mi madre! Ella tampoco se anda con chiquitas: el otro día oí cómo le decía a Monsieur de Boëme que era un viejo chocho verde, ¡le llamó viejo chocho verde!

—¡Chss! ¡Haga el favor de callarse!

Sin dejar de hablar, la jovencita y la inglesa habían subido a la limusina que el chófer negro conducía con elegancia y seguridad.

Aprovechemos el trayecto que va del colegio Moliere al hotel de Madame Mustelle, la madre de Lucette, para hacer el retrato de la muchacha y de su amable institutriz, Miss Ketty Lawreince.

Lucette de Mustelle tenía trece años. Era una jovencita de cabellos castaños y gracioso rostro en el que la travesura se aliaba deliciosamente a una pizca de sensualidad que daba a la chiquilla un aire más turbador que el de una adolescente o una verdadera mujer.

Vestida con la sencilla elegancia de un traje azul marino, el rostro enmarcado bajo un enorme sombrero de paja italiana, se manifestaba coqueta y muy versada en el arte complicado de flirtear en los rincones.

Porque en casa de Madame de Mustelle se flirteaba descaradamente con Lucette, que era hermosa e inteligente, había leído mucho más de lo que suelen leer las jóvenes de su edad, y a través de aquellas lecturas a menudo bastante procaces se había formado una idea de la vida que proporcionaba un extraño encanto a sus salidas infantiles.

La madre, todavía muy joven —sólo tenía treinta y dos años—, parecía haber heredado, digámoslo así, la belleza de su hija; era una rubia atractiva, alta, y distinguida, que, bajo una apariencia altiva y un poco fría, ocultaba un temperamento sensual y disipado cuya realización se veía favorecida por la inmensa fortuna que había heredado de su marido, fallecido en un viaje de exploración.

Entregada en cuerpo y alma a los placeres del amor y de la vida mundana, la joven viuda se ocupaba muy poco de Lucette y de su hermana menor, la pequeña Marcelle, dos años más joven que nuestra pequeña colegiala.

Las dos niñas habían sido confiadas a Miss Ketty, que daba clases a Marcelle, ya que Lucette estudiaba en el colegio.

Marcelle era, en moreno, el vivo retrato de su hermana mayor; a pesar de sus once años, estaba bastante rellenita para su edad y el ejemplo de su hermana no era el más indicado para infundirle un estricto sentido de la moralidad.

Miss Ketty, por último, cuya misión consistía en vigilar el comportamiento de las dos hermanas, era una hermosa inglesita de veinte años, una adorable carita de «Gibson Girls» despierta, que ocultaba una delicada tez de porcelana bajo las dos bandas de una espesa cabellera leonada, casi roja, pero de un rojo distinguido, como con el que Tiziano peinaba a las bellas princesas del Renacimiento italiano.

Ahora que han sido presentadas, reunámonos de nuevo con Lucette y Miss Ketty.

Cuando la limusina de Madame de Mustelle se detuvo frente al gran hotel de la Avenue Kléber, Lucette saltó con presteza y pasó ante la garita del portero chillando a grito pelado:

«¡Vivan las vacaciones!

¡Abajo la vuelta al colegio!».

Detrás de ella, Miss Ketty subía la gran escalinata sonriendo ante la exuberancia de Lucette, por la que sentía un amor muy poco pedagógico, como se verá a continuación.

—¿Mamá no está en casa? —preguntó Lucette a una servicial criada que pasaba llevando en los brazos una gran pila de ropa blanca perfumada.

—No, ha ido a jugar al golf a la Boulie con Monsieur Gaston.

El hombre que atendía al nombre de Monsieur Gaston era en realidad Gaston de Vives, un joven rico y ocioso que en el *office* pasaba por ser el amante de la dueña de la casa.

—¡Estupendo, podremos divertirnos! —concluyó Lucette cuando se enteró de que su madre no estaba en casa.

Subió como una flecha a su habitación y encontró a su hermana Marcelle que, con la falda remangada y el pantalón caído sobre los botines, se miraba el trasero en el espejo, a punto de pillar una tortícolis.

Cuando Marcelle vio a su hermana irrumpir en el cuarto, se apresuró a bajarse las faldas y el rubor tiñó de púrpura instantáneamente su linda carita.

—Bueno —dijo Lucette—, no es nada malo mirarse el trasero en el espejo… déjame ver.

Hizo que su hermana se diera la vuelta y remangó faldas, enaguas, y camisa, hasta descubrir unas preciosas nalgas redondas y regordetas a más no poder.

—Te han dado una buena azotaina, amiguita, ¿quién ha sido el que te la ha administrado? Tu trasero está tan rojo como tus mejillas.

Avergonzada, Marcelle respondió: «Fue mamá; he roto un jarrón de gres y me ha hecho azotar por Justine».

Justine era la servicial criada que Lucette se había cruzado en la escalera.

Lucette dejó caer las faldas de su hermana y se dispuso a quitarse la chaqueta para ponerse un blusón de tusor que le hacía a las veces de delantal cuando se quedaba en casa.

—¿Sabes? —dijo a su hermana—, harías bien en poner el trasero a remojo en la palangana, te refrescaría… yo me voy

al *office*, a ver si hay algo rico para merendar.

Bajó al sótano donde estaba el *office* cantando a voz en grito una canción inglesa que le había enseñado Ketty, en la que se hablaba de besos en la boca, de dulce corazón y de cintura redondeada al cabo de nueve meses.

Lucette dejó a su hermana absorta en la contemplación de su trasero azotado para aprovechar la ausencia de su madre, que le daba total libertad para charlar con las criadas y el ayuda de cámara, un atractivo joven de veinticinco años, de rostro socarrón y vicioso.

Firmin, ése era el nombre del sirviente, miraba a su joven ama con ojos harto elocuentes y cuando pasaba por detrás de ella le manoseaba las nalgas con descaro a través de su ropa interior, siempre de tela muy fina.

Una vez, por casualidad, había encontrado la abertura del vestido y, como ésta comunicaba con la abertura del pantalón y la camisa de la niña estaba algo subida, pudo introducir su mano y palpar la carne suave y satinada de las nalgas virginales.

Su dedo empezó a tantear tratando de separar las nalgas apretadas para llegar al anillo redondo del ano… pero Lucette se dio la vuelta, le fulminó con una larga mirada, y Firmin retiró su mano murmurando:

—Tarde o temprano caerás como las demás, viborilla.

Como las demás, pues, donjuán de oficio, se había acostado con Justine, la doncella, con la gorda Alice, la camarera, con Marie-Jeane, la cocinera, una robusta bretona bastante guapa, y con la mujer del portero, una joven bordelesa ardiente y jovial, que servía en la casa como segunda doncella.

Incluso en presencia de Lucette y su hermana se cuchicheaba que había hecho «porquerías» con la inglesa.

Lucette adoraba el *office*, porque su curiosidad se veía satisfecha ante todo aquel despliegue de vicios y de amor equívoco; aprendía cosas de todos los colores, y, a veces, se había visto obligada a huir a su habitación para entregarse a la caricia extenuante de su dedo infantil, juego perverso que le había enseñado una amiga del colegio.

Lucette abrió la puerta, asomó su naricita insolente y preguntó: «¿Se puede entrar?».

—Aquí tenemos a la pequeña Lulu —dijo Firmin.

—¡Oh, sí!, una monada de niña —replicó la doncella—; ¡que el diablo me en… si ésa llega al matrimonio con la virginidad entre las piernas!

—La virginidad entre las piernas, quizá; pero la que tiene entre las nalgas, creo que si su marido mete la nariz en la raja, ¡encontrará el camino libre! —dijo Firmin echándose a reír.

—¡Habla por ti, marrano —respondió Alice—… todo el mundo sabe que tú te vendes muy barato. Señor, lo que hay que oír… se necesita ser vicioso para utilizar ese lado!

—¡Pues no parecías tan remilgada el día en que me pediste que te en…!

Alice puso la mano en la boca de Firmin y, dirigiéndose a Lucette que sonreía:

—¡Hay mermelada en el armario y también entre mis nalgas si quieres!

—Hay que ver lo cochina que puedes llegar a ser, Alice —dijo Lucette—, ¿y si te oye la inglesa?

—¿Crees que me pondría el culo como un tomate?

—¡No, pero se lo diría a mamá!

—¡Oh, a tu madre eso le tiene sin cuidado! En este momento se está haciendo enjabonar las nalgas por Gaston, y no le debe de resultar nada aburrido con Gaston, ¡ése es un joven al que me tiraría con gusto!

—Entonces, ¿tú crees que Gaston le hace… cosas a mamá?

—Un poco. El otro día en el salón… en la *chaise longue*, desde aquí se oía a Madame suspirar: «¡Ah!, ¡ah!, ¡otra vez… otra vez… oh querido!».

Y la criada, haciendo melindres, imitaba el desmayo de su ama, entreabriendo la boca y poniendo los ojos en blanco.

Lucette, que se había preparado una tostada con mermelada, se reía con ella, mientras Firmin, el criado, la miraba socarronamente.

—¿Por qué decía eso? —preguntó Lucette como si en su

vida hubiese matado una mosca.

—¡Ya lo sabrás cuando tengas pelos en el culo! —respondió la cocinera.

—Pero si ya tengo… ¿Podéis decírmelo?

—Eso de que tienes habría que verlo… —respondió Alice—. Debes de tener tantos como yo en la lengua, o sea ninguno; al menos eso es lo que dice Madame.

—¡Que sí que tengo… ea! —dijo Lucette casi enojada.

—¡Un momento! —interrumpió Firmin—, si Mademoiselle tiene pelos donde yo creo, como ella dice…, la cosa es fácil, sólo tiene que enseñárnoslos… ¡si los hay, no nos los perderemos!

—No es mala idea —dijo Alice, a quien la idea de Firmin le pareció excitante—. ¡Vamos, Lulu, bájate el pantalón y súbete las faldas para que podamos verlo!

Súbitamente las mejillas de la niña se habían puesto de color escarlata, mantenía apretadas sus faldas alrededor de sus muslos y mordisqueaba la tostada con ojos de animalillo acorralado; cambió de conversación.

—Oye, Alice, ¿sabes lo que me ha dicho la inglesa?

—No, no; no quiero saberlo… ya me lo dirás otro día… ¡Súbete las faldas, bájate el pantalón y déjanos ver si tienes pelos!

Se acercó a la niña, la cogió por la cintura, y la tumbó sobre sus rodillas.

—Vamos, Marie-Jeane, ahora remángala mientras yo la sujeto; lleva un pantalón abierto.

Lucette trató de soltarse; pero la fuerte Alice la sujetaba bien.

Marie-Jeane levantó la faldita azul plisada, descubrió las piernas delgadas enfundadas en medias marrones, y apareció el pantalón, un pantalón de pollita, moldeando el trasero, con puntillas carísimas en torno a cada pierna.

—¡Mira que endilgarle pantalones de 250 francos a una mocosa como ésta!

Lucette, en los brazos de la corpulenta Alice, se debatía gritando: «¡Soltadme; se lo diré a mamá… Ah!».

Esta interjección se debía al hecho de que Marie-Jeane

había descorrido la abertura delantera del pantalón de Lucette.

Apartó la camisa, y el vientre blanco, grácil, liso y suave como el marfil, apareció… Alice separó las piernas infantiles y se vio la hendidura sexual de color rosa… de un rosa salmón, delicada y virginal, ¡perfectamente dibujada por la total ausencia de vello!

Firmin, congestionado, permanecía embobado ante este delicioso espectáculo y su pantalón palpitaba en el lugar correspondiente.

—Ya ves como no tienes —dijo Alice volviendo a poner de pie a Lulu—. ¡Embustera! ¡Contigo, para creerlo, primero hay que verlo!

Roja de vergüenza, Lucette se alisó los pliegues de la falda. No se atrevía a levantar la mirada y una lágrima brillaba bajo sus largas pestañas.

—¡Ah! —dijo Alice—, ahora no vayas a hacer una escena, total porque Firmin te ha visto el culo… lo verá más de una vez… y serás tú misma quien se lo enseñe, porque, viciosa como eres, no tardarás mucho en retozar con las piernas al aire.

Y, como Firmin exultara ante estas palabras, se volvió hacia él y hecha una furia le apostrofó:

—Sí, cerdo, sé muy bien que corres detrás de sus faldas, las mujeres no te bastan, necesitas a los hombres y a los niños… Pero te lo advierto, canalla, ¡como te acuestes con ella, te las verás conmigo!

Y como Firmin se reía burlonamente, Alice se abalanzó hacia él para darle una bofetada.

Fue Lucette quien restableció el orden.

—Bueno —dijo—, ahora no vais a pegaros; Alice, eres tonta, si Firmin ha visto mi cosita es porque tú se la has enseñado… yo no quería… ahora aprovechará todos los rincones para hacerme cosquillas en el trasero… pero no hay que pensar que, porque me guste jugar un poco, luego voy a dejarme hacer… ¡Ah, no!… ¡Nada de manoseo antes del matrimonio!, como dice Marie-Jeane.

Alice se calmó y extremó su amabilidad hasta darle a Lulu

unas galletas que habían sobrado del *five o'clock* del día anterior.

—Gracias —dijo Lulu, recuperando su tono infantil—, voy a llevárselas a Marcene… ¡Ah!, por cierto… ha recibido una azotaina de campeonato… ¿fuiste tú, Alice, quien se la dio?

—Sí… ¡Ah, la muy bribona…, le ha ido a contar a tu madre que le hacía cosquillas entre las piernas cada vez que la bañaba!… ¡Esa mocosa es una viciosa!

—¡De todas formas, tiene un precioso par de nalgas! —dijo Firmin.

—¡De modo que se las has visto, degenerado!

—Sí, estaba en la habitación de al lado cuando le diste los azotes; habías dejado la puerta abierta y ya lo creo que vi la operación… Es estupenda su hermana —se dirigió a Lucette—, casi tan bonita como usted… verdaderas nalgas de mujer.

—¡Ah, ése es uno de los que jamás se pierden una buena ocasión! —dijo Alice llenando de galletas el delantal de Lucette—. Una mujer no puede tirarse un pedo en casa sin tenerle detrás del culo… Cualquiera diría que hasta el ama ha pasado por eso.

—¡Ya lo creo! —dijo burlonamente Firmin, mientras Lucette salía corriendo con sus galletas.

Capítulo segundo

Salida hacia Anjou — Madame de Mustelle y Monsieur de Boëme — La mamá, sin saberlo, da la primera lección de amor a su hija

Unas semanas después de la escena del *office*, Madame de Mustelle, sus dos hijas, Alice, la inglesa, Firmin y el chófer negro, se dirigían al castillo de Mustelle, en Anjou, para pasar las vacaciones.

Madame de Mustelle esperaba recibir allí a sus amigos y amigas y aburrirse lo menos posible.

Las niñas por la misma razón estaban encantadas, ya que en el campo gozaban, aún más si cabe, de mayor libertad que en París.

El castillo de Mustelle era un castillo del siglo XVI arreglado confortablemente sin preocuparse mucho de que unos muebles de estilo inglés se diesen de patadas con los grandes salones de un caserón casi feudal.

A Madame de Mustelle, que era aficionada a la caza, le gustaba mucho esta residencia, porque allí se sentía libre, desligada de todas las convenciones mundanas, y la soledad de la casa solariega favorecía los azares que hacen levantar las faldas y volar los sombreros.

Vestidas de piqué blanco, las dos hermanas, Lulu y Marcelle, correteaban por el campo durante todo el día bajo la vigilancia poco severa de Miss Ketty y de Alice.

Firmin se quedaba en el castillo con el chófer Ali, para atender a los huéspedes masculinos que Madame de Mustelle no dejaba nunca de invitar.

Aquel año, el primero que hizo su aparición en la mansión señorial fue un caballero alemán, un atractivo hombre de unos cuarenta años que llevaba los mostachos con las puntas enroscadas hacia arriba a semejanza de su kaiser, Guillermo.

Este caballero se llamaba Monsieur de Boëme.

Era uno de los íntimos de Madame Germaine de Mustelle, y no desperdiciaba ninguna ocasión de adentrarse un poco

más en los favores de la deliciosa viuda.

Cuando se enteró, a la hora del te, de que había estallado una seria pelea entre Germaine de Mustelle y Gaston de Vives, el amante oficial, se había apresurado a reunirse con la dama, esperando aprovecharse tanto de la pelea como de la soledad y la ociosidad que, de creer a Pierre de Bourdeilles, llevan a las damas, incluso a las más recatadas, a la búsqueda apasionada del amable juego del amor.

«Ahora se aburrirá», pensaba con razón, «y muy mal tendrían que ir las cosas si no consigo aprovechar esta oportunidad para meter un pie en su cama y un dedo en su…».

No terminó la frase, pero sonrió con fatuidad mientras se abrochaba las polainas, pues aquella mañana iba a dar un paseo a caballo con su elegante anfitriona.

Fue delicioso; bajo los castaños que rodeaban el castillo se dejaban llevar por el dulce parloteo de la galantería.

Pero, sin dejar de declarar tonterías a la encantadora joven, De Boëme no podía evitar escrutar a través del monóculo el trasero redondeado y generoso sin vulgaridad de Madame de Mustelle.

¡Oh!, aquel precioso trasero bien dibujado por el traje ceñido de la amazona volvía loco a Monsieur de Boëme, ya que era un fetichista de dicha parte de la anatomía femenina, y sabía rendirle homenaje con caricias que más de una vez hacían sonrojar de vergüenza a quienes se prestaban a ellas.

Durante el paseo, Monsieur de Boëme manifestó su amor de una forma tan visible que Germaine, que tenía los ojos clavados en los pantalones abombachados del jinete, no pudo evitar ruborizarse hasta la raíz de sus cabellos rubios.

Regresaron. Monsieur de Boëme entró en su habitación para ponerse el batín, y Germaine, echándose una bata sobre los hombros, bajó a su tocador, donde debía acudir el alemán a hacerle compañía.

Allí fue y allí estaba desde hacía media hora cuando Lucette, que había abandonado a su institutriz y a su hermana para merodear por la casa, entró en un cuartito oscuro contiguo al tocador y desde donde se podía oír todo lo

que se decía al otro lado del tabique.

La curiosidad, uno de los menores defectos de la encantadora Lulu, le hizo pegar el oído contra la puerta.

No fue perder el tiempo, pues el diálogo que escuchó justificaba con creces la indiscreción.

Lulu, con el corazón palpitante, oyó primero a su mamá que se desternillaba de risa, una graciosa risa perlada que resonaba alegremente en la habitación.

—¡Ah!… —decía ella—, dice eso para burlarse de mí… Las mujeres, querido amigo, pero a usted se la traen floja… ¿Acaso cree que no conozco sus gustos… y los escándalos en los que se ha visto mezclado…? ¿Y dice usted que me ama? Yo creo que a usted le gustan más los jovencitos, si hay que dar crédito a los rumores… ¡Ah del infame que siente inclinación hacia los hombres cuando hay tantas mujeres bonitas!

—Comparto su opinión… querida mía —respondió Monsieur de Boëme—… ¡y asimismo me pongo a sus pies!

—Admitamos que ceda…, ¿espera encontrar en mí las cualidades que busca en un hombre?, ¡me falta algo! —dijo Madame de Mustelle riéndose a carcajadas.

—No, querida amiga… tenga por seguro que puedo hacer con usted lo que hago con los jovencitos… ¡No creo que le falte nada por ese lado, espero!

—¡Oh, qué horror! —dijo Madame de Mustelle—… cállese… entonces, si yo cediese… usted… en fin… ¡no sé cómo decirlo!

—Sí, yo adoraré, por la Venus posterior, el altar calipigio que presiento en usted… ¿Qué hay de malo en ello?: ¡Cornelia, la madre de los Gracos, se dejaba sodomizar y Juno ofrecía su grupa a Júpiter antes de que Ganimedes resultase elegido en el corazón de su augusto esposo!

—¡Pero esa… forma de amar debe de hacer un daño espantoso!…

—En absoluto, basta prestarse a ello y ser sumisa… ¡Cuántas mujeres no prefieren las caricias anormales del camino prohibido a las más lícitas del vaso natural!

—¡Basta! Habla usted como un casuista… ¡Oh, vamos!,

me pone nerviosa… déjeme… ¡quiero descansar!

Era una despedida.

—¿Me queda alguna esperanza? —preguntó Monsieur de Boëme.

—Todavía no me ha convencido… ¡inténtelo y defienda la causa de su extraña pasión!

Monsieur de Boëme salió y al salir se enredó con las piernas de Lucette, que salía del cuartito oscuro.

La miró de reojo. Presintió que la niña lo había oído todo y esto lo excitó enormemente; la contempló un instante y Lucette tuvo que bajar los ojos bajo su mirada; luego se alejó murmurando palabras ininteligibles.

*

Lucette había oído perfectamente la conversación entre su madre y De Boëme y, aunque sospechaba que estaba originada por algún propósito licencioso, no había comprendido de qué se trataba.

Conocía vagamente el amor por haber visto copular a los animales y su perversidad particular la inclinaba más bien a las caricias entre amigas, los placeres clandestinos y las conversaciones subidas de tono y escatológicas de los criados.

Sin embargo sabía que su madre tenía un amante y por consiguiente sabía que su madre hacía «marranadas» con él. Qué clase de marranadas, eso no lo sabía y no osaba preguntárselo a las criadas por temor a que se riesen de ella.

«Lo que se deduce de lo que he oído esta mañana», se dijo, «es que mamá quiere acostarse con Monsieur de Boëme, pero no quiere hacer algo sucio que él le pide, ¡tengo que averiguarlo!».

Y para ello se puso al acecho, y durante varios días estuvo observando a su madre y al caballero.

A veces el galán murmuraba algunas palabras al oído de Madame de Mustelle, quien se reía y se ruborizaba al mismo tiempo.

—No, no —decía zalamera—, no consigue convencerme.

Y sin embargo… un día Lulu oyó que su madre decía a Monsieur de Boëme: «En fin… venga esta noche, a mi habitación, ¡pero, por el amor de Dios, no haga ruido!».

«¡La cosa marcha!», pensó Lulu, y tomó sus precauciones para descubrir la clave del enigma.

Cuando anocheció, simuló irse a su habitación y cuando su hermana y la inglesa se hubieron dormido se levantó y, cubierta sólo con el camisón, fue sigilosamente a esconderse a la habitación de su madre, detrás de un biombo, donde estaba segura de que no iban a descubrirla.

La habitación estaba todavía desierta, pero apenas se había acurrucado en su escondite desde donde veía toda la cama a dos pasos de ella, cuando la puerta se abrió y entró su madre.

Desde un rincón, Lucette asistió al aseo galante de una mujer bonita.

Vio a su mamá desnudarse, volverse a peinar graciosamente frente al espejo… luego sentarse a horcajadas, con la camisa remangada, sobre el bidé de porcelana decorada, mostrando así, sin darse cuenta, tanto la hendidura carnosa de su sexo, semioculta bajo el bosquecillo rubio, como las dos grandes mejillas de aquel admirable trasero que tanto excitaba la concupiscencia de Monsieur de Boëme.

Apenas Madame de Mustelle había terminado su aseo y acababa de introducirse en la gran cama, baja y voluptuosa, cuando Monsieur de Boëme hizo su entrada en calzoncillos de color malva y camisón.

Sin decir nada se subió a la cama, que crujió bajo su peso.

Entonces… entonces Lucette vio cosas que la mantuvieron con los ojos muy abiertos y no le hicieron tener ningunas ganas de dormir.

Monsieur de Boëme besaba a su madre en la boca, le chupaba la lengua y la niña veía a su mamá retorcerse bajo las sábanas con los ojos nublados de voluptuosidad.

Una vez terminados los preliminares de la boca, Madame de Mustelle apartó las sábanas.

Entonces, tumbada de espaldas, con una almohada bajo los riñones para levantar su vientre, se ofreció al amor.

De Boëme, también desnudo, exhibía su virilidad, una polla tiesa, encapuchada de rojo, hinchada de deseo. Lucette, al ver por primera vez el miembro de un hombre en erección, estuvo a punto de lanzar un grito… Había visto a muchos niños hacer pipí, pero ¡qué lejos estaban sus rabitos de aquella enorme cosa tiesa, brillante en la punta!

Ante la polla que debía penetrarla, Madame de Mustelle había abierto generosamente sus muslos torneados y largos. Así su lindo conejito, cuyos labios rosados palpitaban de deseo, se ofrecía en buena posición.

De Boëme se colocó entre sus piernas y enfiló su instrumento, que penetró poco a poco y enseguida fue devorado por los labios rosados de la vulva delicada.

Luego se puso a trabajar, dando golpes de caderas. Desde su observatorio, Lulu veía las nalgas vigorosas del amante estremecerse a cada acometida, a las que su madre respondía haciendo otro tanto.

Los suspiros voluptuosos de la mujer se iban haciendo cada vez más agudos… casi sollozos que terminaban en una súplica… Su amante la estrechó entre sus brazos poderosos acelerando las embestidas y ella gritó extasiada, gozando, los muslos estirados y el sexo aspirando el caliente licor que el hombre descargaba en la fragua divina de su vientre arqueado.

—¡Aaah!… tesoro… goza… ¡Qué bien lo haces… Dios mío!… ¡ah!, yo… te corres… lo noto… ¡ooh!, ¡ooh!… ¡ah!

La cara pálida, los ojos muy abiertos y turbados, Lulu, turbada sobremanera, vio a su madre rodar sobre el costado mientras De Boëme se retiraba, la polla semicaída… pegajosa… como bañada en clara de huevo.

De nuevo besaba a Madame de Mustelle, quien le abandonaba su boca, su lengua, postrada en la cama en la misma posición impúdica.

Bajo las caricias exquisitas de sus bocas confundidas, la picha del amante sufrió dos o tres sobresaltos, luego se empinó de nuevo, erguida, dura y nerviosa, brillante por la primera descarga.

En voz baja, pero Lulu lo oyó muy bien, se inclinó hacia

Germaine extasiada y sonriente. «Querida, ¿recuerdas lo que convinimos?».

—Sigues empeñado en eso —dijo Germaine volviendo la cabeza—, pero fíjate… ¿cómo quieres que una cosa tan grande pueda entrar por un camino tan pequeño?

—Intentémoslo, querida… te gustará… estoy seguro de que si te prestas de corazón a lo que quiero hacerte… meteré esto… hasta el final.

—¡Ah!… no me atrevo… ¡es ridículo! Me da vergüenza mostrar ese lugar… ¿cómo tengo que ponerme?… ¿ves como hago todo lo que tú quieres?

De Boëme se había levantado y Lucette vio cómo acercaba la cabeza de su gorda picha, amenazando el orificio plisado del trasero de su mamá.

Enfiló su verga en el anillo de carne rosada y empujó un poco.

Germaine lanzó un grito.

—¡Ah!, ¡ay!, ¡oh, ya te lo había dicho, me duele, no va a poder entrar por ahí… hazlo con la lengua si quieres, pero no con eso!

—¿Tienes vaselina?

—¡Oh, malvado, quieres intentarlo otra vez… sí, en ese cajón… la cajita rosa!

De Boëme volvió trayendo triunfalmente la caja.

—Pequeña viciosa —dijo—, la tenías preparada… pensabas que nos iba a hacer falta para acabar con ese adorable virgo posterior… ¡Ya verás… así… entrará bien… amor mío!

Mientras hablaba untaba el orificio anal de la mujer con vaselina, hundía un poco su dedo en el recto, que, complaciente, se prestaba sin dolor a esta introducción.

Cuando todo estuvo listo, se colocó de nuevo detrás de Madame de Mustelle, que con el trasero levantado y abierto esperaba el asalto.

Su amante no la dejó languidecer. Con una embestida penetró en la plaza, ensanchando el lindo agujerito hasta el tamaño de su miembro.

Germaine lanzó un grito de dolor, tratando de

separarse…, pero De Boëme ya había metido su picha hasta el final consumando la sodomización.

Pasó la mano bajo el vientre de la empalada y, mientras aceleraba sus acometidas, excitaba hábilmente la crestita escondida en la abertura abandonada.

Al doble contacto de la polla que forzaba su trasero del dedo que destilaba la voluptuosidad, Madame de Mustelle se entregó a un desenfrenado goce.

Su grupa brincaba y era ella misma quien aceleraba los movimientos del pistón de carne ensartándose y desensartándose, casi haciendo salir la polla de su ano dilatado para engullirla de nuevo hasta sentir contra sus nalgas el vientre de su amante.

Ella descargó en la mano que la tocaba y De Boëme le lanzó los chorros de su esperma en el trasero… Luego, ambos derrengados por la violencia del espasmo, rodaron sobre la cama revuelta, jadeantes, extenuados, la mirada extraviada de felicidad.

Lulu, que había presenciado cómo le daban por el culo a su madre, aguardó hasta que les llegó el sueño. Luego abandonó el lugar sin hacer ruido y volvió a su cama, excitada, estupefacta por lo que había visto… por esa doble revelación del amor.

«Él le ha metido su enorme artilugio en el trasero, y eso es lo que mamá no quería el otro día», pensaba, «pero se equivocaba, porque daba la impresión de sentarle divinamente bien».

Luego, reviviendo la escena lúbrica que se había desarrollado ante sus ojos, se empezó a tocar… suavemente, demorando el placer.

La mano libre se perdió entre la raja caliente de su trasero arqueado, un dedo indagador buscaba el agujerito plisado escondido en sus profundidades… lo hundió en él todo lo que pudo… luego lo sacó y se lo llevó a la nariz; el olor fuerte y especial que desprendía no le desagradó en absoluto, siguió frotándose hasta alcanzar el placer, mientras con el más gordo de sus dedos simulaba que la enculaban… imaginándose un enorme artilugio que la hubiese penetrado

por allí, sin peligro de perder su honor de señorita de la buena sociedad.

Capítulo tercero

Historia de Miss Ketty — Cómo inicia a Lucette en el amor sáfico — Una historia bien aprovechada

cruzados, el vientre apoyado sobre la almohada, Ketty ofrecía ahora la trufita de su trasero rechoncho a la lengua de la criada.

Esta separaba la raja profunda, abría el orificio plisado, enfilando su lengua lo más lejos posible, embriagada ahora por la lascivia de una caricia que penetraba a la niña por el lugar más secreto de su cuerpo.

Ketty, que adoraba esta marranada, endurecía los riñones, abría las nalgas, poniendo el culo a disposición de su tata.

De repente la maliciosa niña soltó una carcajada, al ofrecerse así, en una postura tensa que favorecía los suspiros digestivos, y dejó escapar un ruidito y una brisa perfumada que fue a aletear bajo la nariz y los labios de Maud escandalizada.

—¡Oh cochina! ¡Oh, la muy cochina!

Pero Ketty se desternillaba de risa por la broma que acababa de gastarle a la complaciente mamona, y como la chiquilla era encantadora, el trasero muy bonito, y la boca posterior apetecible, Maud no trató con dureza a Ketty por esta inconveniencia: puso de nuevo manos a la obra, y redobló las caricias a aquel trasero bribón, a aquella gran luna mofletuda, charlatana e impertinente.

La noche no terminó como había comenzado, ya que una vez concluido el intercambio de caricias Ketty bajó a su habitación, que estaba al lado de la de su madre.

Naturalmente Madame Lawreince no se había enterado de nada.

*

Algunos años más tarde Ketty terminó sus estudios y volvió a su casa.

Sus vicios no la habían abandonado; pero ya no tenía a Maud, su chica para todo.

En estas condiciones, Ketty se aburría mucho en Brighton, nada a su alrededor le interesaba. Como la nueva criada era fea, y las amiguitas demasiado bobaliconas para comprender

el bonito juego de la falda arremangada, Ketty se veía obligada a satisfacerse sola en su habitación.

Se echaba sobre su cama, en camisón o en enaguas, y allí, con los muslos bien abiertos ante un espejo que reflejaba la graciosa imagen de su monte abultado y adornado de un precioso bosquecillo encrespado, se masturbaba con insospechados refinamientos voluptuosos, a veces metiéndose una vela en el trasero, a veces poniéndose una lavativa muy caliente.

Este complicado placer le encantaba, sentía el líquido penetrar deliciosamente en sus entrañas, lenta, muy lentamente, ya que moderaba el chorro del irrigador cerrando casi el pequeño grifo de cobre. Así gozaba con una intensidad y una abundancia que, inundando sus muslos de néctar, la dejaba como muerta en la cama revuelta.

Ketty tenía una amiga dos años mayor que ella. Era una bonita rubia viciosa, en efecto, pero atraída sobre todo por los hombres.

Un día Ketty, estando a solas con ella en su habitación, había aprovechado que Madge estaba en corsé y pantalón para acercar una mano atrevida a la hendidura entreabierta.

—No, deja… déjame.

—Tonta, déjame verlo al menos.

Madge había accedido, había separado ella misma la abertura de su pantalón, y se había agachado hacia delante como le había indicado la bribonzuela de Ketty.

Ante el espectáculo de la hermosa desnudez de su compañera, ante el precioso culo rechoncho y ante los labios entreabiertos del coñito que se distinguía entre los muslos en medio de un bosque leonado, la viciosa señorita no había podido contenerse, había caído de rodillas y había explorado con la lengua el ano y las ardientes profundidades del conejito de Madge.

Esta, sorprendida, cosquilleada y algo ofuscada por aquella caricia femenina que no correspondía a sus gustos, escapó precipitadamente al otro extremo de la habitación secándose el sexo mojado por la saliva de Ketty, ahora confusa.

—¡Qué puerca eres! —dijo Madge riéndose.

—¿Es que no te gusta? Si supieses cuánto se puede gozar, te besaría por todas partes, te haría todo lo que me pidieras, hasta las cosas más infames, las más sucias.

La madre de Madge vino a interrumpir este coloquio que habría podido terminar en una victoria de Ketty.

Sin embargo la atención de Ketty no se sentía atraída solamente por los placeres sáficos. Deseaba al hombre sobre todo desde aquel día en la playa, cuando era niña, en que había podido admirar aquel objeto masculino que hace soñar a tantas jovencitas encantadoras.

Las confidencias de las amigas casadas le dejaban la boca hecha agua, y aquí hay que entender la del medio, como hubiese dicho Béroalde de Verbille.

Jane, la antigua compañera que había asistido a la escenita en las rocas de Brighton, se había casado.

Le contó a su amiga la noche de bodas con muchos. «¡Oh!, querida, si supieses qué maravilloso es… primero hace un poco de daño, y luego entra tan bien… creerías morir de felicidad».

A estas impresiones que encendían los sentidos de la jovencita se añadió una aventura que obligó a la joven a abandonar a sus padres.

Ketty no carecía de defectos y un día que su padre le reconvenía sobre su carácter, la niña le respondió con insolencia.

Ahí el papá se enfadó terriblemente, juró por todos los santos del paraíso, y acabó declarando que nada le impediría levantarle las faldas a aquella mocosa, bajarle los pantalones y darle una buena azotaina.

Desgraciadamente quiso unir el gesto a la palabra. Ketty, que era una niña mayor muy imbuida de su dignidad y que por ese motivo no quería que le pusiesen la mano encima, dio una bofetada a su padre nada más sentir sus manos agarrarse a sus faldas.

Fue una verdadera batalla. Ketty tuvo un ataque de nervios y, al día siguiente, abandonó el hogar de sus padres con cuatrocientos o quinientos francos que tenía ahorrados.

La chiquilla no era nada tonta y conocía la existencia en lo que vale. Así pues, sin perder tiempo, empezó a buscar una colocación que le permitiese ganarse la vida.

Si bien Ketty era viciosa, por educación y por temperamento, la prostitución le repugnaba. Por eso, se dirigió a sus conocidos en su intento de encontrar algún empleo lucrativo.

Hablaba francés, tenía diplomas de la universidad y tocaba el piano; además sabía dactilografía. Con estas cuerdas en su arco confiaba en salir adelante.

Ocurrió como pensaba; llegó a París y encontró un empleo de secretaria dactilógrafa con un periodista, Antoine Laponce, hombre corpulento y vividor que ya había sobrepasado los cincuenta.

Monsieur Laponce, a quien le gustaba todo lo bueno cualquiera que fuera la forma bajo la que se presentara, admiró con ojos de entendido la preciosa figura, la cintura esbelta y la plenitud de formas de la jovencita.

Por consiguiente, el trato se cerró enseguida: «150 francos al mes y horas extras aparte», añadió con una sonrisa intencionada.

Ketty estaba en la gloria. Desde el día siguiente, acudió a su trabajo, que, a decir verdad, no era muy desagradable, aunque un poco delicado para una señorita casta y gazmoña.

Pero Ketty no poseía ninguno de estos dos defectos y llevaba a cabo con una curiosidad divertida su tarea cotidiana.

Monsieur Laponce se dedicaba a la erotología y el trabajo de Ketty consistía precisamente en copiar párrafos escabrosos solare los placeres del amor. Aprendió cosas de todos los colores; todas las anomalías eróticas desfilaron ante sus ojos, creando en su cerebro excitado imágenes que la jovencita intentaba realizar por la noche entre sus sábanas blancas, con ayuda de un dedo experto y delicado.

Por la mañana, llegaba a la oficina con los grandes ojos sombreados por ojeras azuladas.

—¡Vaya, vaya! —decía Monsieur Laponce—, tiene muchas ojeras, Mademoiselle Ketty… ¡ha vuelto a dejar agotado a su

joven amante!

—¡Oh!, no; qué ridículo es usted… ¡no tengo ningún amante!

—¡Cómo! ¡Una preciosa jovencita como usted, sin un amante para hacer travesuras por la noche!

—Ya le he dicho que no… basta…

Monsieur Laponce intentaba besarla en el cuello y Ketty se resistía con amabilidad, pero también con energía, porque era virgen y no quería ser desflorada por el gordo Monsieur Laponce.

No es que le importase mucho aquella marca del honor femenino; pero quería ser desvirgada por un amante cariñoso, que le gustase, que le hiciese toda clase de cosas y a quien ella pagaría con la misma moneda sin regatear.

Un día Monsieur Laponce se mostró con la inglesita más atrevido que de costumbre.

Como fuera que Ketty se había agachado para buscar un lápiz que se había caído y, en dicha postura, ofrecía bien abiertas las dobles mejillas de su trasero, perfectamente dibujado bajo la falda ceñida, Monsieur Laponce no pudo contenerse; se agachó y metió la mano bajo sus faldas.

El pantalón de la jovencita estaba abierto. Antes de que pudiera recuperarse de la sorpresa, su patrón le había introducido un dedo… en la abertura secreta de aquel admirable trasero, que con su postura había excitado el deseo de Monsieur Laponce.

Ketty se liberó y abofeteó a su patrón. Hubo lucha y este último trató de arrastrarla hasta un sofá, para subirle las faldas y violarla, sin más contemplaciones, pues su excitación había llegado al paroxismo.

Ketty luchó valerosamente… y, como el hombre le levantaba las faldas, desgarraba su pantalón y separaba la desnudez delicada de sus muslos, la joven empuñó la herramienta amorosa que Laponce sacaba triunfalmente de su pantalón y la retorció. El dolor le hizo soltar la presa y Ketty pudo ponerse a salvo con el honor intacto.

No volvió a la oficina de su patrón. Una amiga la recomendó, pocos días después de esta aventura, a Madame

de Mustelle, quien no dudó en contratarla como institutriz de sus hijas.

Esta era Miss Ketty Lawreince.

Esta pequeña biografía era necesaria para explicar al lector lo que ocurrió a continuación, el porqué de las debilidades de la carne de Ketty ante la desnudez de su pupila, Lucette.

*

Aquella mañana, Lucette deseaba quedarse hasta tarde en la cama, y anunció a Miss Ketty, cuando ésta vino a despertarla, que estaba enferma.

Ketty no insistió y fue a avisar a la madre, que mandó llamar al médico.

Este, un viejo médico rural, auscultó a la enferma y, al ver que no tenía nada, creyó jugarle una mala pasada escribiendo en la receta que le administrasen un lavado intestinal tibio durante ese día.

Madame de Mustelle echó un vistazo a la receta y se limitó a decir:

—¡Muy bien! Miss, encárguese de que Lucette haga lo que ha ordenado el médico. Encontrará un clister en mi cuarto de baño.

Ketty se inclinó y corrió a apoderarse del instrumento, que bajó a llenar a la cocina.

—¿Es para usted? —dijo Firmin burlón, cuando vio a la inglesa con la lavativa.

Ketty no respondió. Se encogió de hombros; eso hizo decir a Alice, que le tenía ojeriza:

—Qué te crees, la Miss es demasiado pura para tener posaderas. ¡Eso se deja para la gente vulgar!

Una vez armado el instrumento, Miss Ketty se dirigió a la habitación de Lulu, que, perezosamente, seguía acostada en la cama.

—Esto es para usted, Lucette; lo ha dicho el médico… ¡Dese la vuelta, que se la voy a poner! —dijo la inglesa,

descubriendo el instrumento.

Lucette, algo avergonzada, mostró a su institutriz un precioso trasero, muy complaciente, que sólo pedía dejarse llenar.

Cuando la inglesa apartó las nalgas de su pupila para introducir la cánula en el orificio, sus manos temblaban tanto que estuvo a punto de dejar caer el instrumento.

Lucette, excitada sólo de pensar en mostrar su trasero y sus recovecos, se dejaba hacer. Absorbió todo el líquido y se disponía a bajarse el camisón, pues sentía la boca de la Miss pegarse a sus nalgas, la nariz rastrear su raja posterior, mientras una lengua ágil, pasando entre sus muslos, iba a despertar de su escondite rosa la pequeña crestita dispensadora de voluptuosidad.

Era agradable, ciertamente; pero, de todas formas, Lucette no salía de su asombro. ¡Miss Ketty, tan casta, tan engolada, le lamía el trasero y el delantero!

Volvió su encantadora carita, ya congestionada por el placer, hacia Ketty. Esta, todavía más púrpura que Lucette, acercó hacia los labios de la niña sus labios húmedos de placer.

Lulu no pudo resistirse a esta invitación; se echó al cuello de su institutriz y le penetró la boca con un largo beso.

—¡Oh! ¡Cómo vamos a gozar! —dijo Ketty con voz ronca.

—Sí… —dijo Lulu, tocándose el vientre—… pero es preciso… ¿comprendes?; esta maldita lavativa.

Desapareció; luego volvió con expresión satisfecha.

Ketty se había arrodillado detrás de ella, agarrando las piernas de Lucette, abriendo las nalgas, devorando el ano tibio con sus sabias lamidas.

—¡Oh!, ¡espera… espera… no me he lavado! —decía Lulu, sin por ello retirar su luna.

—Da igual… estoy loca… por ti… por tu cuerpo… por todo lo que es tu cuerpo… nada tuyo es repugnante… querida… mi amor.

Rodaron sobre la cama y las manos de Lucette desabrochaban el corsé de Ketty.

—¡Yo también te lo haré —decía Lulu—; dame tu trasero,

para que lo chupe, y tu conejito, que voy a lamerlo como has lamido el mío hace un momento!

En un abrir y cerrar de ojos, Ketty se quedó en pantalón. Desde el corpiño de encaje sus dos senos diminutos, redondos y duros, disparaban sus madroños.

Lucette los cogió con delicadeza y los chupó dulcemente, con graciosos mohines de bebé goloso.

Armoniosas en sus poses, se besaban, se chupaban los senos, antes de pasar al festín delicioso de su entrepierna y de sus nalgas blancas y arqueadas.

—Me gustaría tener un gran trasero como el tuyo. Es bonito; déjame que lo bese.

Ketty se dio la vuelta, ofreciendo su luna, que los riñones arqueados hacían parecer más esplendorosa.

Lucette besó las mejillas de aquel gran trasero; luego, ensanchando la raja, descubrió el orificio plisado, minúsculo como una violeta.

—Ahí es donde tú me has besado hace un momento; voy a hacerte lo mismo… Mira… qué bien entra mi lengua… Cómo me gusta esto… ¡luego me lo harás otra vez!

Ketty se prestaba a las caricias de Lulu, aplastando sus nalgas contra la nariz de la niña, cuya lengua afilada escudriñaba la abertura de su precioso culo, que las manos de las Gracias parecían haber redondeado.

Pero estos preliminares no tardaron en indicar a la maestra y a la discípula el verdadero camino de la voluptuosidad.

Ketty, a quien le gustaba dar y recibir las caricias, propuso una postura que había visto en un grabado libertino.

Se echó de espaldas y recomendó a Lucette que se acostase sobre ella en sentido inverso, de forma que el coñito de la niña se encontrara en la boca de la inglesa y, en cambio, el coñito de Ketty se encontrara al alcance de los labios de Lucette.

Operaron al mismo tiempo y las dos lenguas ágiles empezaron a moverse vivarachas sobre las crestitas rosas de los dos clítoris dispuestos a gozar.

Aceleraban o frenaban sus lamidas, una y otra guiadas por

los estremecimientos de los muslos que estrechaban en sus brazos torneados.

—¡Ah!, ¡ah!… voy a gozar… voy a go… zar —jadeaba Ketty.

—Gocemos a un tiempo —respondió Lulu, con la voz entrecortada por las oleadas del deseo que ascendía por todo su cuerpo—. Gocemos a un tiempo… siento que viene… ¡oh!, ¡sí… un poco más deprisa… ya viene… ya viene… aah… ya está!

Confundieron sus gritos y sus bocas se llenaron del untuoso néctar que las paredes de las deliciosas vulvas destilaban.

—¡Ah!, qué bien —dijo Lucette, rodando sobre la cama—… ¿Cómo le llamas a eso, querida Ketty?

—A eso se le llama comer el conejito; lo de hace un rato, cuando te he lamido el agujero del trasero, se llamaba besar la trufita.

Una vez informada del nombre de los juegos recién aprendidos, Lulu empezó a hacerle cosquillas a Miss Ketty, intentando volver a empezar el juego perverso de hacía un instante.

La inglesa, viendo los ojos de la niña sombrearse de malva, fue lo bastante sensata para dejar la cosa ahí, temiendo una tensión nerviosa demasiado grande para la chiquilla.

—¡Lo haremos otra vez! —suplicaba Lulu.

—¡Todos los días, querida!, y después inventaremos nuevas formas de placer.

—¡Oh, sí! —aprobó Lucette, que todavía era muy joven para darse cuenta de la vanidad de semejante afirmación.

*

Al día siguiente de esta iniciación a los placeres sáficos, Lucette se despertó temprano y corrió a la cama de la inglesa.

Estaba vacía; Miss Ketty se había levantado muy temprano para ir a Angers, a buscar unos libros que

necesitaba.

Lucette, que se había excitado mucho pensando en la sesión de la víspera, sintió una viva contrariedad.

Ahora que había adquirido la buena costumbre de divertirse con una compañera, no sentía ninguna atracción por las caricias solitarias que en otros tiempos no había desdeñado hacerse, en la cama, o en la soledad discreta del retrete.

—¡Ah, qué mala! —dijo.

Luego, volvió a acostarse, soñando con jueguecitos viciosos, con dulces conejitos y deliciosas trufitas… y nadie de quien echar mano para calmar aquel ardor irritante, que devoraba la hendidura rosada de su vulva imberbe.

—Si Alice funcionase —pensó—, ¿y por qué no…? ¡Oh!… no, ésa no funcionará… sin embargo, es viciosa… ¡me dijo que encontró un extraño gusto en que Alice la pegase!

En este caso, ésa, la que ocupaba los pensamientos de Lulu, no era otra que la bribonzuela Marcelle, su hermana, cuya belleza morena turbaba, en aquel momento, la imaginación de la viciosa niña.

Oyó, en aquel mismo momento, un prrrt musical que en la habitación de al lado Marcelle acababa de soltar con el trasero.

Aquella travesura incongruente la decidió; llamó:

—¡Marcelle!

—¿Qué?

—Ven a mi cama, ya verás, se está muy calentito; por otra parte si quieres charlar desde ahí, yo puedo contestarte.

Marcelle se echó a reír y fue corriendo, con su larga cabellera castaña suelta, a acostarse en la cama de Lucette.

—¡Uf! ¡Qué bien se está! —Se acurrucó contra su hermana y su calor se confundió, un calor húmedo, que encendía el deseo en los lugares más secretos de sus cuerpos.

Lucette fue la primera en hablar.

—Déjate hacer —le dijo a su hermana—, ¡y, sobre todo, no se lo digas a mamá!

Se deslizó hasta los pies de la cama, separó los muslos de Marcelle, que se dejaba hacer complaciente, y su lengua

Capítulo cuarto

Monsieur de Boëme y Sir Archibald se descubren — Persiguen asiduamente a las dos jovencitas — Un observatorio poco trivial — Desfile de traseros femeninos

Aparte de los sucios jueguecitos a los que se entregaban todos los habitantes del castillo, la vida transcurría con monotonía.

Así pues, la noticia de que un lord inglés, Sir Archibald, iba a venir a pasar unos días a las tierras que Madame de Mustelle poseía fue recibida con alegría.

—¡Estupendo! —dijo Lucette irreverente—. ¡A ver qué pinta tendrá éste!

Sir Archibald, precedido por numerosas maletas, llegó al cabo de dos días.

Era un inglés alto, *correct* y *fashionable*; podía tener cincuenta años, pero apenas aparentaba cuarenta, hasta tal punto su robusta complexión le hacía parecer joven.

Ya conocía a Monsieur de Boëme, por haberle visto en la corte austríaca, y este encuentro les pareció agradable a los dos hombres, pues se rumoreaba que su amistad arrancaba de una orgía en Viena, durante la cual los hombres se confundieron con los hombres y las mujeres con las mujeres.

Una gran dama vienesa no había vacilado, durante aquella pequeña velada íntima, en entregarse a tres hombres a la vez, introduciéndole uno la polla en la boca, ocupando el otro la vía natural y el tercero metiéndosela sin vergüenza en el culo de la patricia.

Una vez instalado Sir Archibald en los aposentos que Madame de Mustelle le había reservado, Monsieur de Boëme se apresuró a ponerle al corriente de su aventura, para prevenirle discretamente de que el lugar estaba ocupado y de que deseaba mantenerlo.

—Querido amigo —dijo sin embargo, para dejarle concebir al otro algunas esperanzas—, no creo que vaya a aburrirse aquí; hay dos niñas encantadoras, una de catorce y

otra de once. Si le gustan las primicias y sabe cómo aprovecharlas, creo que no tardará en convertirse en un feliz mortal en la plena acepción de la palabra… y, además, está también una inglesita deliciosa… que tampoco me parece arisca; en cualquier caso, es realmente una adorable criatura.

Sir Archibald, gran mujeriego y maníaco del amor, no pretendía en absoluto obtener los favores de la dueña del castillo. Le gustaban los amores complicados y su fetichismo se dirigía hacia esa parte de la anatomía femenina con la que la naturaleza se mostró tan pródiga y que el vulgo denomina escuetamente: el culo.

¡Oh, el trasero de las adolescentes, el trasero de las mujeres jóvenes! Sir Archibald soñaba con ellos por la noche y la exasperación de su sensualidad le hacía adorar el ano femenino con las caricias y los placeres, placeres de lo más extravagantes, por no decir asquerosos, si es que en el amor hay algo que pueda ser repugnante.

—Hay que vivir los vicios propios con libertad —solía repetir—; un vicio sólo es realmente peligroso y abyecto el día en que anula las demás facultades del individuo que lo practica. Yo, por ejemplo, he llegado incluso a adorar a la mujer en la realización de sus funciones naturales más bajas; sin embargo, mi vicio no me priva de la integridad de mi razón y ¡sólo pierdo la cabeza completamente cuando mi boca entra en contacto con la amplitud delicada de un bonito trasero!

Esta era su filosofía y, en efecto, su vida pública no se resentía lo más mínimo de los horrores clandestinos que perpetraba en las habitaciones discretas de las casas de citas o en la alcoba de Mesalinas complacientes.

Porque muchas mujeres de la alta sociedad se prestaron a su fantasía; una princesa rusa, una rubia perversa y curiosa en lo tocante a anomalías eróticas, accedió a sus caprichos y llenó de satisfacción al maníaco.

Había hecho engullir a la dama una docena de peladillas —esto ocurría en Montecarlo, en la villa de Sir Archibald—. La disipada cortesana se había tragado sin chistar la docena de peladillas; luego, siguiendo las instrucciones del inglés,

Desde hacía ocho días Sir Archibald, calentado al rojo vivo por los comportamientos libres y provocadores de las dos niñas, buscaba inútilmente la ocasión de sorprender a una de ellas —sobre todo a Lucette— en un rincón y, allí, obligarla, suavemente, a satisfacer sus gustos.

—Endiablada chiquilla —decía hablando de Lulu—, es como un pez; te parece tenerla, te enciende y luego… ffsstt, se te escapa de las manos.

Era escrupulosamente cierto.

Cada día, Sir Archibald perseguía a una u otra niña; les ofrecía caramelos, trataba de provocar confidencias escabrosas.

Una vez que se encontraba paseando por el parque del castillo, a la vuelta de una avenida de siringas, oyó un cuchicheo, suspiros y un ruido de besos sobre la carne desnuda.

¡A Sir Archibald se le heló la sangre en las venas! Se acercó de puntillas tratando de ver algo, pero una ramita de leña seca que crujió bajo su bota reveló su presencia y cuando pudo distinguir la escena, ya era tarde.

Lucette estaba sentada sobre la hierba, y junto a ella Raymonde Duloy, la hija del notario de Madame de Mustelle.

Era una morena corpulenta, ni guapa ni fea, pero con unos hermosos ojos viciosos que prestaban un gran encanto a su rostro, al que una boca algo grande no desfavorecía demasiado.

Tenía diecisiete años y sin lugar a dudas la bribonzuela de Lulu era su amiguita. De eso Sir Archibald estaba seguro… aquel ruido de besos, aquellos suspiros… todo eso era demasiado revelador. Seguramente las dos granujas acababan de comerse el chocho o de masturbarse.

—Hola, moninas —dijo Sir Archibald—, ¿qué se hace por ahí… travesuras?…, sigan sigan, no se preocupen por mi…, ¡no voy a chivarme!

En sus ojos brillaba una llama de obscenidad.

Lucette se echó a reír, mientras que Raymonde se puso colorada de la cabeza a los pies.

—¡Oh, Monsieur! —dijo la maliciosa bajando

púdicamente los párpados.

Así, estaba para comérsela. El inglés se sentó a su lado y a través de la tela sus manos se pasearon por las ancas de Lucette.

—¡Oh, por favor, señor… qué hace usted! —dijo Lulu, que no se defendía demasiado y que, al contrario, parecía provocar al inglés, clavándole una larga mirada prometedora.

—Hacer con usted lo que hace un instante hacía con su amiga —murmuró el otro, que creía haber llegado a la meta a la que tendían sus deseos.

Pero Lucette se había puesto en pie de un salto. Fulminó a Archibald con una mirada de mujer ultrajada y se marchó con Raymonde.

Antes de irse duchó a su pretendiente demasiado atrevido con una frase glacial:

—Monsieur, no comprendo qué quiere usted decir. ¿Con quién se cree que está hablando?

Cuando desparecieron, el *gentleman* se mordió los puños de rabia.

—¡Caerá —decía furioso—, estoy seguro, caerá, esta marisabidilla se hace la coqueta conmigo; me gustaría estar solo con ella durante diez minutos para darle unos cuantos azotes como es debido, después de eso estará más suave que un guante!

Pero, mientras tanto, como no podía azotar a Lucette, volvió hacia el castillo urdiendo planes a cual más descabellado.

Al pasar junto a las dependencias del castillo, una necesidad urgente le hizo entrar en la zona del «buen retiro» de la mansión.

La construcción, como hemos dicho, era muy antigua y los excusados se encontraban en el patio, junto a la bodega.

Cuando Sir Archibald salió de aquel minúsculo lugar, su rostro estaba radiante. Había descubierto un agujero oculto en la sombra capaz de permitir a un espectador situado en la bodega ver todo lo que sucedía en los retretes.

Fue a inspeccionar la bodega, y vio, en efecto, tras unos viejos toneles entre los que se ocultó, un agujero del tamaño

de una moneda de cien céntimos, que, situado tras el asiento de los retretes, permitía ver con todo detalle a la persona que iba a sentarse allí.

Una vez instalado en su lugar de observación, Sir Archibald aguardó pacientemente a que el azar lo favoreciese con algún adorable trasero femenino abandonándose sin moderación a la función para la que en definitiva había sido creado.

Esperó una hora… una hora y media… luego unos pasos precipitados hicieron latir con fuerza su corazón, la puerta se abrió y Miss Ketty, su deliciosa compatriota, hizo su entrada en el excusado cuya puerta cerró prudentemente corriendo el cerrojo.

Entonces, Sir Archibald asistió a un espectáculo de lo más sugestivo a pesar del marco que lo rodeaba.

Ketty levantó enérgicamente sus faldas y sus enaguas, abrió precipitadamente la raja de su pantalón y dejó al descubierto un precioso par de nalgas blancas y rosas que apoyó apresuradamente sobre el asiento.

Sir Archibald oyó dos o tres ruiditos parecidos a los que pueden hacerse soplando en el cuello de una botella vacía… luego la mano delicada de Ketty buscó papel, y nuevamente el inglés pudo contemplar el trasero cuyo orificio vislumbrado entre las nalgas estaba ligeramente embadurnado de la pasta excrementicia.

La hermosa joven se limpió con pulcritud, se estiró la blusa, se bajó las faldas y salió la mar de contenta sin sospechar ni por un instante que acababa de ofrecer un espectáculo a un hombre cuyas pasiones no se arredraban ante nada.

La campana del castillo llamaba a los comensales a la mesa.

Monsieur Archibald, cuya polla empinada abombaba los pliegues de sus pantalones de montar, tuvo que abandonar el puesto para acudir a la llamada.

Pero, mientras salía de su escondite, se prometió volver a menudo para así seguir disfrutando de espectáculos tan apetitosos.

*

Terminada la comida, pretextó una indisposición para no acompañar a Madame de Mustelle y a Monsieur de Boëme a la partida de caza.

Como sabía que las niñas debían quedarse en el parque con su amiga Raymonde, decidió dirigirse a su puesto de observación y esperar pacientemente que el azar le brindase la visión y… el olor de un trasero de jovencita o de mujer.

Unos pasos… y entró una mujer; era Alice, la doncella.

La escena de la mañana se repitió. Sir Archibald vio el culo entrado en carnes de la corpulenta morena y la oyó mear, ya que había ido allí por una necesidad menor; lo que no le impidió aligerar el vientre soltando un fuerte pedo, cuyo olor no fue desperdiciado por Sir Archibald.

Alice se fue, y esperó una hora con una paciencia que finalmente se vio recompensada, pues la que entró fue Marcelle, que cerró la puerta y se dispuso a subirse las faldas y a bajarse el coqueto pantaloncito.

Con la camisa remangada, el culito redondo, las nalgas muy separadas, dejando ver el orificio plisado de su adorable luna, se encaramó al asiento.

En esta postura acuclillada, que exageraba el ensanchamiento de las nalgas, la chiquilla se dejaba ver de lleno. De este modo el inglés, congestionado de lujuria, pudo ver perfectamente la operación.

Marcelle, que empujaba con todas sus fuerzas, dejó escapar primero un gracioso pedito, que abrió el ojete marrón de su trasero; luego, un largo churro amarillento salió de una vez y fue a caer en el agujero.

Marcelle permaneció agachada todavía un momento; luego, como no venía nada más, se limpió cuidadosamente, hizo caer el agua de la cisterna y volvió a reunirse con su compañera.

Esta vez, Sir Archibald tuvo que masturbarse; y lo hizo pensando en Lucette, de la que todavía no había visto el trasero.

Volvió, ocho días seguidos, a su puesto; pero el azar,

desbaratando sus cálculos, no le permitió contemplar a la encantadora Lulu en la postura en la que había visto a su hermana.

Capítulo quinto

Sir Archibald sigue persiguiendo a Lucette — Un triunfo a medias que termina con una impertinencia muy escandalosa — Marcelle ofrece compensaciones

—Mis felicitaciones, Mademoiselle Lulu, está usted preciosa esta mañana.

Así se dirigía Sir Archibald a Lucette de Mustelle. En efecto, la niña se merecía el cumplido.

Aunque muy formada, llevaba siempre vestidos muy cortos. Aquel día llevaba una blusa y una falda de piqué blanco, y estaba tan encantadora que daban ganar de comérsela. La niña, coqueta y halagada por el cumplido, dijo zalamera:

—Sí… ¿verdad?… Estoy muy contenta con Dufour, el modisto de mamá; se lo encargué antes de marchamos, ya que, como puede imaginarse, en «un país de salvajes, es insensato pensar en hacerse la ropa».

—Realmente, Lucette, con este traje parece una verdadera mujer, ¡no sé qué es lo que me retiene de cortejarla!

La niña sonrió y dejó caer sobre el inglés una mirada cómplice que decía muchas cosas.

—En ese caso… hágame la corte… le acepto a usted como flirt… puede ser divertido.

—¿Pero sabe usted, Lulu —dijo Archibald que cogió la pelota al vuelo—, que yo flirteo a la americana?

—Eso quiere decir…

—Eso quiere decir que la cosa puede llegar muy lejos… en general todo está permitido… salvo… la… la finalidad principal del matrimonio.

—Qué divertido es usted —dijo Lucette—; bueno, siga, va usted por buen camino.

La escena transcurría en el tocador de Madame de Mustelle, quien se había ido a Angers con Monsieur de Boëme.

Archibald y Lucette estaban solos en el castillo, con la

excepción de los criados, que no contaban, ya que la inglesa había salido de excursión con Marcelle.

Lulu, a solas con Sir Archibald, no se sentía inquieta. La situación le parecía picante y, como ya estaba harta de las sensaciones de mamadas entre ella, su hermana, Raymonde y Ketty… sin olvidar a Alice, que había obligado a la jovencita a acariciarla con el dedo y con la lengua, estaba encantada, en el fondo, de poder ensayar algunas caricias más perversas con aquel *gentleman* que tenía un aire tan marrano.

Recostada en la *chaise longue* con una postura provocadora, había tomado la precaución de subirse un poco la falda para que se vieran bien las finas puntillas que adornaban los bordes de su pantalón.

—Entonces… ¿dice usted que en el flirt a la americana están permitidas muchas cosas?

—¡Casi todo!

—Pero… en fin… ¿para empezar?… —Su mirada lánguida se perdía en el vacío.

—Mire… querida… ¡se puede empezar así!

Y antes de que Lulu saliese de su asombro, el inglés se había sentado a su lado y su mano fisgona hurgaba entre las faldas de la jovencita tratando inútilmente de encontrar la abertura del pantalón… cerrado.

—¡Déjeme, déjeme! —suspiraba Lucette en voz baja—. Puede venir alguien… ¡oh!, me está tocando… ¿ahí?… ¡espere por lo menos!

—¿Que espere a qué, querida?… ¡No hay ningún peligro!

—Espere al menos —dijo Lucette maliciosamente—, a que me baje el pantalón… De este modo podrá usted tocar, ver y… sentir.

Se quitó el pantalón con diligencia mientras seguía tumbada de espaldas, y se entregó dócilmente a las manos febriles que le alzaban las faldas, descubriendo la aristocrática desnudez de sus muslos, de su vientre… de su sexo primoroso y carnoso donde el clítoris erguía su crestita rosa en lo más alto de la comisura de los delicados labios sexuales.

—¡Qué monada! —suspiró Sir Archibald extasiado ante el

—Hágame esto… pero, por el otro lado… por detrás… ¡es más marrano! —dijo, fingiendo una gran confusión.

Sir Archibald estaba en la gloria; la pequeña se adelantaba a sus caprichos.

—Arrodíllese… a cuatro patas… eso es… levante bien el trasero.

Lucette le obedeció, le ofreció su luna… abriendo ella misma, con las dos manos, las dos mejillas traseras.

Archibald lanzó su lengua, tratando de penetrar en el orificio descubierto.

De repente, cuando forzaba la delicada violeta del ano de Lucette, ésta se echó a reír con una risa loca, una risa inextinguible, cuyos ecos resonaron, como quien dice, en la otra punta.

¿Era la postura incómoda que mantenía?… ¿Era simple travesura?… El caso es que olvidó los buenos modales, y de una forma que no fue nada modesta ni por el olor ni por el ruido.

Sir Archibald, que recibió la detonación y la brisa olorosa en pleno rostro, retrocedió, algo pasmado, aunque no detestase ese tipo de bromas.

Este pensamiento le resultó nefasto, pues Lucette, bajándose las faldas, se escapó en dos zancadas, dejando a su galán compuesto y sin novia.

Por la ventana entreabierta, Sir Archibald, aún sin recobrarse de su sorpresa, oía la risa argentina de la impertinente, que celebraba el éxito de la burla, deliciosa para su gusto.

*

Una vez más, en el preciso instante en que creía triunfar, aquella diabólica chiquilla se le escapaba, después de haber casi comprendido, sin darse cuenta, los gustos de Sir Archibald.

—¡Caerá! ¡Caerá! —decía furioso. Y, ahora, ya no era un juguete complaciente, para escarceos superficiales, lo que

pedía; quería poseer a aquella mocosa, desfondar aquella carne virgen y descargar en aquel cuerpecito sometido a su abrazo los recursos abundantes cuyo excedente hinchaba, en aquel mismo momento, la columna empinada de su príapo.

Desflorar a aquella niña viciosa, por delante, por detrás, gozar en su boca, en todas las aberturas naturales de su cuerpo de Tanagra, eso era lo que quería Archibald.

Por primera vez en su vida, el inglés, tan frío, incluso en su erotismo cerebral y complicado, se embalaba a fondo con aquella pequeña parisina bonita, perversa y provocadora, por cuyas maneras debían de condenarse todos los hombres sin excepción.

Por su parte, Lucette pensaba continuamente en Sir Archibald; pero evitaba encontrarse con él.

Sentía, confusamente, en su lógica de jovencita precoz y tunante, que los jueguecitos indecentes con un señor eran más peligrosos que con una joven.

«Empezará lamiéndome por todas partes», pensaba, «y, después, de repente… paf, me desfondará el vientre o el agujero del trasero, como Monsieur de Boëme hizo con mamá».

Considerando la estrechez de las dos aberturas y recordando las anécdotas de las criadas que habían perdido su virginidad, como era muy sensible, temía el dolor de un primer ensayo del amor normal.

Y además, al fin y al cabo, era aún una niña y, aunque estuviese al cabo de la calle de casi todo y fanfarronease ante la gente, el hombre y el misterio de la fecundidad le emocionaban más de lo que, por orgullo, quería confesarse a sí misma.

En aquellos momentos, sentía una debilidad por Alice. Aquella opulenta morena le gustaba, tanto por su generoso cuerpo como por las expresiones canallas con las que salpicaba los juegos del amor.

Esta sirvengüencería salaz y picante permitía descansar a Lulu de la dulzura empalagosa de la inglesa.

—¡Alice es pimienta roja, y Ketty es miel rubia como sus cabellos! —acostumbraba decir, hablando de sus dos amigas.

A fuerza de pasar una gran parte del tiempo con la lengua entre los muslos o las nalgas de Alice, Lulu ya había olvidado a Sir Archibald, cuyo única consolación consistía ahora en aquella, totalmente platónica, de contemplar desde su escondite a las mujeres que iban al retrete.

De esta forma conoció los encantos de todas ellas… Lulu, Marcelle, Raymonde, Alice y la propia Madame de Mustelle le ofrecieron su espectáculo con una desenvoltura que, por otra parte, la soledad especial del lugar excusaba.

Pero eso no era suficiente, y Sir Archibald se parecía cada vez más a aquel pobre clérigo de Rabelais que se alimentaba cada noche de un pedazo de pan… y de la humareda de las carnes que aspiraba en la puerta de un horno de asados.

Al no poder conseguir a Lucette, dirigió sus miradas hacia Marcelle.

—Esta es más ingenua —se dijo—, morderá el anzuelo.

No se equivocaba. Persiguió a la niña por todos los rincones.

Marcelle, muy halagada de que un hombre se ocupase de ella, alentaba sus iniciativas y no rechazaba las manos entrometidas que intentaban siempre levantar sus faldas.

Había que encontrar la ocasión, eso era todo, y Sir Archibald podría, esta vez, tocar y besar a sus anchas los encantos secretos que no había hecho más que contemplar. El demonio Maulubec, que favorece las empresas de la carne, les brindó a ambos la ocasión que tanto buscaban.

Sir Archibald consiguió el permiso de Madame de Mustelle para llevar a Marcelle al bosque, donde quería mostrarle e iniciarla en la caza del tejón.

Hacía una tarde preciosa. Los dos compañeros se fueron al bosque; pero Sir Archibald, en lugar de conducir a la niña ante las madrigueras de esos interesantes animales, se apresuró a conducirla a un pequeño pabellón de caza abandonado, donde nadie ponía jamás los pies.

—Bien, monina; estamos completamente solos… ha llegado el momento de que me enseñes esas preciosas cositas que se esconden ahí debajo.

Señalaba las faldas.

Capítulo sexto

Lucette hace avances — Las puertas se abren… — ¡Demasiado tarde! — El sacrificio se consuma o la doble desfloración de Mademoiselle de Mustelle

—¡Ah, Sir Archibald, me es usted infiel!… Eso no está bien.

Provocativa, melosa, felina e insolente, Lucette increpaba así al *gentleman* que le hacía compañía en la habitación de su madre.

Esta, follada, requetefollada y sodomizada incansablemente por Monsieur de Boëme, había tomado el tren con este último para dar una vueltecita por París.

Aquella mujer mundana echaba en falta el aire de la capital y, como tenía intención de recorrer las casas de citas con su amante, había considerado oportuno dejar a sus dos hijas bajo la custodia de Miss Ketty.

¡Buena vigilancia, en verdad! Miss Ketty, que se había encoñado del ayuda de cámara, Firmin, se hacía follar por él durante todo el día.

Ketty se había puesto de acuerdo con Alice, con quien hacía mamadas, y se reunían los tres en la habitación de la criada, donde los dos cómplices, Firmin y Alice, se confabulaban para abusar de la maravillosa complacencia de la inglesa.

Así pues, Alice se hacía lamer el ano por la rubia jovencita, cuando salía del retrete… Ketty, nada asqueada, paseaba su lengua por el agujerito oscuro y las nalgas de la chacha, casi siempre pegadas debido a la pasta excrementicia.

Mientras Ketty oficiaba, Firmin se la metía en el cobo o en el culo; prefería este último placer, ya que la penetración de su gran picha en las posaderas de Ketty hacía proferir gritos de dolor a la paciente viciosa.

El dolor que causaba al desfondar el gracioso trasero de la inglesa excitaba a Firmin, que invitaba a Alice a mirar de

cerca su picha, que entraba y salía por el ano rosado y extraordinariamente dilatado.

Mientras las vigilantes se divertían así en el ala derecha del castillo, las niñas, en el ala izquierda, se divertían a su manera.

Lucette, cansada de hacer mamadas a su hermana, cansada de hacer mamadas a Raymonde, que ahora se hacía lamer por Marcelle, volvió los ojos y, esta vez, en serio, hacia Sir Archibald, que era el único que podía brindarle nuevas sensaciones.

La pequeña Lulu estaba orgullosa de su cuerpo, sobre todo desde hacía ocho días. Una mañana, unas gotas de sangre habían manchado su camisón y se había revelado mujer. Mujer de catorce años, de sólida complexión, aspiraba a placeres carnales más sólidos que las lánguidas caricias de las complacientes jovencitas.

—Si llego al matrimonio desvirgada, mala suerte —decía —. Mi madre me deja plantada, me aburro y mi conejito empieza a cubrirse de pelos. ¡Es increíble lo que han crecido en un mes!

Las vacaciones estaban tocando a su fin y, sabiendo que muy pronto tendría que volver al colegio, decidió recuperar a marchas forzadas el tiempo perdido y, más provocativa que nunca, atacó al noble lord.

Sir Archibald, viendo un cambio brusco en el talante lunático de Lucette de Mustelle, volvió a revolotear alrededor de sus faldas y a suspirar detrás de la jovencita.

Recobró la esperanza y, en efecto, la conducta de Lulu permitía sobradamente creer que no tardaría en llegar a un buen resultado.

Cada día acudía a la habitación de Madame de Mustelle y excitaba a Lucette con frasecitas incendiarias, cuya primera consecuencia visible era ponérsela tiesa, como Lucette no podía dejar de observar.

Aquella tarde de otoño, pesada y voluptuosa, Lucette increpó al *gentleman*, en busca de una acción decisiva, ya que Sir Archibald se había vuelto prudente desde el día en que Lulu se había comportado con él de forma tan irreverente.

—No la abandono, querida amiga… —dijo, aparentando hablarle como a una chica mayorcita—, pero, confiese que es usted desconcertante.

—He cambiado de opinión —dijo Lucette—, y le pido perdón por el… por, en fin, lo que le hice el otro día.

—Está todo perdonado, querida, ya que además la brisa de su trasero no me disgustó en absoluto… Al fin y al cabo, es el perfume más secreto de este precioso cuerpo que idolatro.

—El perfume de la violeta marrón, como usted le llama, creo —dijo Lucette, zalamera.

Sir Archibald, fuera de sí por la amabilidad de la jovencíta, se acercó a ella y la rodeó amorosamente con sus brazos.

Lucette se dejó hacer y no apartó la boca cuando la lengua del inglés la penetró con un beso, que forzó la barrera de perlas de sus encantadores dientecitos.

—¡Qué bien besa usted!… hágalo otra vez… ¡Aah!… su beso es como un caramelo que se derrite en mi corazón… Si supiese qué raro me parece… ¡Aah… amigo mío!… —Luego, ocultando el rostro, confesó—: ¡Desde hace ocho días… vuélvame a besar… soy mujer!

Ruborizándose por la confesión, la virgen se escondió entre los brazos del hombre que deseaba…

Ya no era la chiquilla insolente y viciosa, sino una mujer ardiente, deseando entregarse toda ella, sin restricciones.

Archibald estaba en la gloria.

Cogió a su amiguita, a su mujercita, en brazos y la llevó a la gran cama de Madame de Mustelle, no sin observar lo picante de la circunstancia de desflorar a la hija en la cama de la madre.

Con gestos de doncella diligente, desvistió a la jovencita, cuyo cuerpo desnudo, de una línea impecable, apareció en seguida, emergiendo radiante del revoltijo suntuoso de las enaguas caídas.

—¡Desvístete tú también! —ordenó Lucette, que de repente lo tuteaba.

Archibald estaba bien formado; la práctica constante de

deportes atléticos le había mantenido en una línea perfecta.

Apareció en seguida en su desnudez, una desnudez robusta y gigante, donde los músculos vibraban bajo la piel asombrosamente fina del hombre blanco.

Tumbado al lado de Lucette, seguro de que no iba a ser molestado, se entretuvo con las golosinas de la entrada, demorando sus labios sobre el gracioso cuerpo femenino, por todas partes donde la piel era suave, cálida y ambarina.

Así su lengua se paseó bajo las axilas, sobre la punta de las tetitas túrgidas, entre los muslos torneados, sobre la virginidad rosa, entre las nalgas carnosas, buscando la fina mucosa del orificio del templo de Sodoma.

Lucette, encantada, entregándose por completo, embrujada por primera vez por el macho, se dejaba hacer, dejando errar una mano tímida sobre la virilidad de su amante, una virilidad larga, enorme, monstruosa, mientras se decía que, dentro de un momento, *aquella cosa* iba a penetrar en ella profundamente.

Fue ella misma quien se ofreció, con la mirada lánguida, los muslos muy separados y la hendidura de amor abierta.

Archibald, viendo lo que la niña quería, dejó para más tarde la satisfacción de sus vicios secretos y, colocándose entre las piernas de Lucette, se dispuso a arrebatarle aquella virginidad que tanto le molestaba.

—¡Vas a hacerme daño… tengo miedo!

—No, nenita; no es nada. Espera, voy a preparar el camino.

Se agachó y empezó a acariciarla con la lengua, para lubrificar todo lo posible aquel encantador coñito. Cuando sintió bajo la lengua dilatarse su vulva y sus paredes rosas volverse untuosas, se incorporó y, sujetando su herramienta con una mano, se acostó, apuntando el glande exactamente Lacia la puerta que debía romper.

Con las piernas muy abiertas, Lucette sintió la polla pasar entre sus labios y un estremecimiento la sacudió desde la nuca a los talones.

Tras una primera acometida, la columna de carne penetró un poco; luego, notando resistencia, el ariete del amor arreció

amante.

—¡Enséñame todo lo que se hace cuando se ama!…

Archibald se agachó a sus pies, sin responder, y chupó su coñito, simplemente para excitar a Lulu, sin prolongar las caricias de su lengua experta.

—¡Date la vuelta, mi querida Lulu!

Lucette obedeció, sabiendo lo que él quería. Y, recordando las posturas que había adoptado su madre cuando estaba con Monsieur de Boëme, Lucette se puso diligentemente de cuatro patas sobre la cama.

Bajando la cabeza sobre los codos, hundiendo los riñones, ofrecía, en la más indecente de las posturas amorosas, las dobles mejillas de su grupa, revelando los dos orificios vecinos de la voluptuosidad carnal.

Archibald, ante este cuadro más que sugestivo, sintió endurecerse su polla. La dirigió hacia el orificio del culo para consumar la segunda desfloración.

La primera arremetida del glande contra la pequeña puerta hizo gritar a Lucette.

—Engrásala… ¡sin eso no entrará bien y me harás daño! —dijo.

Archibald obedeció, cogió una pastilla de jabón, la mojó y le hizo sacar espuma entre las nalgas de Lucette.

Con el dedo ablandaba el esfínter, que se prestaba admirablemente a esta penetración, porque Lucette, acostumbrada a meterse los dedos o una vela en el trasero, había ya dilatado el pasaje.

—¡Inténtalo ahora!

Volvió a colocarse entre los muslos y, sin esfuerzo, empujando su polla a través del culo rechoncho, penetró suavemente, deslizándose bien, como aspirado por aquella boquita primorosa que parecía chuparle la picha.

Como el camino no ofrecía ninguna resistencia, pudo trabajar a sus anchas; su pistón se movía en el tubo caliente y aterciopelado, estrechado en la base por las contracciones del esfínter.

Al cabo de una docena de acometidas, descargó y envió, a guisa de lavativa, dos o tres buenos chorros de esperma

caliente a la pequeña Lulu.

Permaneció un momento dentro del culo, descansando sobre los riñones y las nalgas de la jovencita.

Cuando retiró su arma del estuche en el que estaba enfundada, ésta salió con la mayor facilidad, haciendo un ruido de botella al descorcharse, si se nos permite la comparación.

—Esto me gusta —dijo Lulu—. Me lo harás a menudo por ahí; duele menos que por delante, ¡y además, así no hay peligro de quedarse con un *baby*!

Sonreía, feliz de demostrar que sabía cómo se hacen los niños.

Archibald la besó; luego se tumbó a su lado, para descansar.

Pero no eran ésas las intenciones de Lulu, que no había descargado mientras su amante le daba por el culo.

Lucette se arrodilló al lado de Archibald y, manoseando la polla, sobando los cojones abultados e hinchados, le hizo mil carantoñas.

Por un momento, pareció ir a besar la polla medio caída.

Archibald la animó con la mirada y el solo hecho de pensar que la niña iba a chuparle la verga hizo que se le irguiera instantáneamente.

—Anda… —dijo—, lámela como hice yo con tu conejito; luego, la chuparás… despacito, ¡metiéndotela lo más adentro que puedas en la boca!

—¡No me atrevo! —dijo Lulu ruborosa.

—Sí, sí, inténtalo… Bien te he lamido yo por delante y por detrás: ¡tú también debes hacérmelo!

—¿También por detrás? —preguntó Lulu.

—Sí, amor mío; ya verás cómo te gustará.

—¡Desde luego, lo que hay que hacer para complacerte!

Y, diciendo esto, se metió en la boca valientemente la picha, tensa y palpitante, a punto de escupir otra vez en un espasmo de felicidad.

Archibald tendía el vientre, entregándose al dulce placer.

¡Qué divina estaba así la pequeña Lulu, con su preciosa boquita fruncida en un mohín encantador para chupar el gran

pirulí de caramelo!

Sin dejar de engullir la picha, miraba a su amante y, muy excitada por la voluptuosidad que se dibujaba en las facciones algo tensas de Sir Archibald, chupó más aprisa, como si hubiese querido tragarse el gran bastón de carne blanca y rosa.

El resultado no tardó en manifestarse y Lucette recibió en plena boca cuatro o cinco chorros de esperma que, en su sorpresa, tragó inmediatamente.

Sobre la cama deshecha, Archibald se retorcía invadido por un placer muy próximo al delirio.

Al poco rato, se tumbó boca abajo, con los riñones levantados, las nalgas temblorosas.

Lucette entonces se resignó a su parte; separó las nalgas musculosas del hombre, descubriendo así el ano rodeado de pelos rizados, y, sin repugnancia, lamió la mucosa e introdujo la gamuza rosa de su lengua en el orificio del culo, que encontró muy ancho y fácil de penetrar, ya que Sir Archibald se había hecho encular muchas veces.

Así, con esta caricia, recobraron nuevas fuerzas; sus bocas se unieron en un largo beso y, nuevamente Archibald folló a Lucette cuyo conejito, ya muy abierto, no sufrió nada por el fogoso asalto.

Se durmieron el uno en los brazos del otro, vacíos hasta la médula, sin preocuparse por que pudieran sorprenderlos Miss Ketty o Alice.

Después de dos horas de sueño, Lucette se levantó, se vistió y escapó a su habitación para proceder a las abluciones íntimas.

Por la noche, cuando Miss Ketty fue a besarla y quiso mamarle el chochito como de costumbre, Lulu se negó:

—No; hoy no… Déjame, déjame, ¡estoy cansada!

Capítulo séptimo

La orgía en el castillo — Regreso de Madame de Mustelle — Un nuevo huésped — Maurice y Sir Archibald

Lucette, desflorada por delante y por detrás, daba rienda suelta a sus vicios.

Era de una complacencia amorosa extrema y Sir Archibald podía felicitarse de haber conquistado tan delicioso juguete de amor. Juguete dócil en la plena acepción de la palabra, se prestaba a todas las fantasías de Sir Archibald.

Este, como es fácil comprender, estaba realmente en la gloria.

El azar le favorecía haciéndole encontrar en su camino a una jovencita adorablemente hermosa, que sabía conjugar las gracias de la juventud púdica con las posturas propias de las más desvergonzadas cortesanas.

Se decía con razón que semejante ganga era poco corriente y que en otro lugar no encontraría tan fácilmente la ocasión de satisfacer sus vicios.

Cada día, la ausencia de Madame de Mustelle le daba carta blanca. Iba a ver a la joven Lucette a su habitación y celebraban desenfrenados festines de amor.

La jovencita, que ahora era una mujer, se entregaba sin reservas al placer.

Sir Archibald la satisfacía sensualmente más allá de sus deseos.

Su vigor amoroso era asombroso.

Por ejemplo, una tarde folló a Lucette cuatro veces y le dio por el culo cinco.

El juego perverso de tomar por el culo le gustaba mucho a la jovencita, cuyo trasero complaciente y bien abierto se prestaba sin dolor a la penetración de la gran picha del apuesto inglés.

Lucette prefería estas caricias robustas a las seducciones con que las mujeres la habían hecho languidecer hasta

las que la corpulenta Raymonde no desdeñó participar.

A partir de ahora, una nueva mamona entraba en la asociación y era Mademoiselle Raymonde Deloy, hija del notario de Madame de Mustelle.

En esto, llegó un telegrama de París anunciando a los huéspedes del castillo que Madame de Mustelle regresaba con un nuevo invitado.

El ayuda de cámara Firmin fue enviado a la estación a recoger el equipaje del nuevo huésped, que venía por carretera, en el automóvil de Monsieur de Boëme.

Todas las jovencitas que habitaban el castillo, Lucette en cabeza, acechaban con curiosidad la llegada de aquel nuevo caballero, un lobo más para el rebaño.

El automóvil se detuvo trepidante, frente a la escalinata. Madame de Mustelle, más hermosa y más alocada que nunca, bajó la primera; luego, Monsieur de Boëme, impecable como el último *dandy*, y, por último, un joven elegante, afeminado, cuyos aires provocativos, graciosos y felinos indicaban bien a las claras sus tendencias sodomitas.

—¡Ah! ¡Qué alegría!

—Hola, Lulu; hola, Marcelle.

—Pase, señor… ¡encantada!

—¿Os habéis portado bien?… ¡Ah! Lucette, Marcelle, os presento a Monsieur Maurice Liane, un compositor de talento.

—Sus hijas… No me diga; ¡eso la envejece!

—¡Oh!, mamaíta ¿y si dijésemos… tus hermanas?

Entre todas aquellas cháchacharas de bienvenida, Lucette no le quitaba los ojos de encima a aquel apuesto joven y, ya, se prometía *in petto*: «Es atractivo; y va maquillado como una mujer. Dios, qué divertido sería hacer el amor con él. No creo que tenga más de diecisiete años. Voy a intentar birlárselo a mamá, ya que seguramente es uno de sus nuevos amantes que se ha traído a casa».

Lucette no se equivocaba y su psicología no le había fallado.

Era, en efecto, un nuevo amante, que Madame de Mustelle había sustraído al afecto de un hombre de letras célebre y

famoso por sus amores y sus costumbres homosexuales.

Lo escabroso de esta aventura, el picante incentivo que la patricia encontraba en acostarse con aquel joven que hacía de mujer con los hombres, la había decidido a llevar a Maurice de Liane a Touraine.

Este joven mariquita era, por otra parte, un músico de talento, y reflejaba exquisitamente en su arte esa sensibilidad demasiado aguda que le daba los aires y los modales de una mujer viciosa en extremo.

Al cabo de tres días, el joven se había aclimatado a las costumbres del castillo.

«Estupendo», se dijo. «Aquí no voy a aburrirme. Todas las mujeres parecen echarme los tejos; pero mis preferencias se inclinan por la pequeña Lucette. A decir verdad, la idea de un triángulo, incluyendo a Sir Archibald, no me desagradaría en absoluto».

Por su parte, Sir Archibald, de quien ya hemos mencionado sus gustos sodomitas, miraba con ojos hambrientos al bello efebo rubio.

«Si Lucette estuviese de acuerdo podría concertar una cita con ese joven», pensaba, «y luego, en el momento oportuno, intervendría yo y haría pasar al joven galán por mis horcas… cipoteras, si se me permite la expresión».

Lucette se conformaba con desear ardientemente el amor del hermoso Maurice.

Un día en que Sir Archibald estaba dándole por el culo —la escena transcurría en un bosquecillo y Lucette, a cuatro patas, se prestaba a las fantasías de Archibald—, éste le dijo:

—¿Sabes a quién me gustaría hacerle lo que te estoy haciendo?

—¡Oh malvado! —gimió Lucette, apretando las nalgas para soltarse.

—Eso no es engañarte —prosiguió Archibald, introduciendo un poco más su pistón en el precioso culito—, me gustaría meter esto en el trasero de Maurice.

—¡Oh!, ¿de verdad? —dijo Lucette, excitada ante aquella idea.

—Sí, querida… ¡oh!, sería maravilloso… y luego, tú…

No terminó, el placer se apoderaba de él y, antes de poder acabar la frase, lanzó su descarga en el trasero de Lulu, que se estremecía de pies a cabeza.

Aquella idea había excitado enormemente a la jovencita.

Cuando Sir Archibald se recobró de aquel estremecimiento al que Brantôme llama la pequeña muerte, ella frunció su preciosa naricita curiosa y le preguntó:

—Te habría gustado hacerle *eso* a Maurice… ¿es posible?

—Pero, ángel mío, ¿acaso no tiene un trasero igual que tú?

—Sí… pero ¿crees que querrá?

—Sí lo creo, encanto; pero, para eso, deberás ayudarme a representar una pequeña comedia que no es en absoluto complicada. Mira, es muy sencillo, tú te dejas cortejar por Maurice…

—Eso no va a ser difícil —interrumpió Lucette riéndose—; anda siempre pegado a mis faldas.

—Pues bien; tú le das una cita y allí te prestas a todos sus deseos. Cítalo en tu habitación, una tarde propicia. Yo estaré escondido detrás de las cortinas y, cuando esté haciendo el amor contigo, apareceré yo. Si es preciso fingiré indignación, amenazando con contárselo todo a Madame de Mustelle… y, a menos que no quiera acceder a mis deseos, ya verás como acepta entusiasmado.

La pervertida imaginación de Lucette se excitaba ante la descripción del escenario erótico; estaba encantada de ser cómplice de esta pequeña comedia y tenía una gran impaciencia por ver el espectáculo, inédito para ella, de un hombre dándole por el culo a otro y haciendo marranadas con él.

Prometió pues, alegremente, todo lo que le pidió su amante, y los dos se separaron para ir a reunirse con los demás en el salón de billar.

*

Ocho días después de este pequeño complot, el asunto

estaba en marcha.

El flirt de Lucette de Mustelle con Maurice de Liane había ido sobre ruedas y, después de toda una serie deliciosa de besos furtivos y de toqueteos exquisitos, la tunante y adorable viciosa le había dado una cita en su habitación.

Como puede suponerse, Sir Archibald, que desde hacía ocho días vivía en un estado de excitación del que el ojete de Lucette se resentía, estaba en su puesto, perfectamente disimulado por los pesados cortinajes.

Lucette fue la primera en entrar en la habitación.

Se desvistió con mucha coquetería y sólo se dejó puestas una camisita finamente calada y las medias de seda blanca, que hacían resaltar delicadamente el divino color rosado de sus muslos y de su cuerpo vislumbrados bajo la transparencia de la batista.

«¡Qué ricura!» pensaba Sir Archibald, que se contenía para no meneársela.

Unos discretos golpecitos en la puerta y entró el amante, hermoso efebo, a punto de caramelo con su pijama de seda crema y galones malva.

—¡Oh, Lulu!

Los dos jóvenes amantes se besaron, formando un grupo de frescura delicioso.

Besuqueándose, Maurice había sentado a Lulu sobre sus rodillas, se decían palabritas de amor adorables, mientras las manos de ambos se perdían en pos de los tesoros secretos de la sexualidad.

Lucette había sacado la picha de Maurice, una buena picha, ni demasiado gorda ni demasiado delgada, con una hermosa cabeza rosa, del rosa delicado de los labios de Lucette.

Maurice abría los muslos de su amada, la acariciaba sabiamente y ya la niña desfallecía de placer, crispando su manita sobre la polla que iba a penetrarla por todas las partes que ella quisiera.

—¡Ven, ven querido, amor mío!

Lucette balbuceaba, ya embriagada por la voluptuosidad, y arrastraba con ella a Maurice a la cama.

Se turbó de espaldas y enseguida abrió mucho los muslos, desvelando en todo su esplendor aquella deliciosa «almejita», su precioso chochito hinchado, carnoso y ya lubrificado por la voluptuosidad que bullía en sus riñones delicados.

Maurice, a su vez, se había bajado los pantalones del pijama y desvelaba a los ojos del indiscreto la línea graciosa de su espalda, sus nalgas blancas y redondas, casi nalgas de mujer, profundamente surcadas por una raja marrón absolutamente depilada.

El gracioso escondite que era la rosa de amor de Lucette se ofrecía muy abierta al arma que debía penetrarla.

Maurice se colocó entre los muslos torneados de la jovencita y con un golpe hábil de caderas se la metió en el coño, mientras sus manos agarraban los muslos, y su dedo rebuscaba en la raja el adorable agujerito de la joven.

Lucette, dichosa de ser poseída por aquel joven encantador, movía el culo como una cortesana experta, porque ahora sabía hacer el amor.

Las oleadas de placer le hacían estremecerse desde la nuca hasta la punta de los pies, y ya sus ojos se nublaban con las dulces lágrimas de la voluptuosidad, ya sollozos de placer ascendían por su garganta, cuando la cortina del cuarto de baño se abrió y Sir Archibald hizo una entrada de cuatro acto, sorprendiendo a los dos jóvenes culpables en su actitud lúbrica.

—¡Ajá! ¡Muy bonito!

Su mirada viciosa y concupiscente desmentía la severidad de su voz.

Lucette, que era cómplice en esta comedia, retenía a su amante contra ella, estrechándole en sus brazos y en sus muslos para impedirle retirar su arma del tierno escondite donde estaba emboscada.

Maurice, un poco asustado pero despreocupado por lo que enseñaba, exhibía sus nalgas a la contemplación de Sir Archibald; incluso podía distinguirse, en la raja oscura, el orificio marrón bastante ancho de su trasero de mariquita.

La escena comportaba más actos y gestos que palabras.

Sir Archibald lo comprendió y vio un consentimiento en la

actitud obscena del jovencito que le ofrecía el culo, por lo que sin más tardanza cayó de rodillas y cubrió de besos apasionados el adorable trasero masculino.

Entonces, digámoslo así, se rompió el hielo definitivamente y el trío se entregó a un soberbio festín que la presencia del joven mariquita hacía más deliciosamente picante.

Archibald había abierto las nalgas de Maurice y ahora daba rienda suelta a su pasión lamiendo y hundiendo profundamente su lengua en la roseta anal que los coitos frecuentes habían ensanchado considerablemente.

Como las golosinas del comienzo habían excitado al joven Maurice, éste volvió a poner su instrumento en acción, que no había salido del coño de Lucette.

Cuando Archibald vio las arremetidas y oyó los suspiros de amor, se desnudó en menos que canta un gallo.

A horcajadas sobre Maurice, que seguía echado sobre Lulu, dirigió su arma contra el ojete del culo, que las caricias de su lengua habían ablandado lo suficiente para que la penetración resultase fácil. Fue delicioso; su picha se deslizaba por el suave reducto de Sodoma, hundiéndose hasta la raíz, mientras las nalgas de Maurice rozaban los pelos de su vientre.

Fue Lucette quien, con sus golpes de caderas, dio la señal y los tres jodedores salieron juntos para el feliz viaje a Citera.

Lucette fue la primera en dejar oír su voz, gimiendo de placer; luego Maurice descargó en su primorosa vulva, mientras Archibald soltaba grandes chorros de esperma caliente en el agujero de bala de su Ganimedes.

El espasmo fue tan agudo y la felicidad de nuestros tres amantes tan perfecta que permanecieron cinco minutos echados uno encima del otro.

Luego Archibald desenculó; Maurice sacó su picha del conejito de Lucette y los dos hombres empezaron a besuquearse y a toquetearse delante de la joven, que les contemplaba.

Del trasero de Maurice rezumaba el esperma de Archibald. Lucette se arrodilló, hundiendo su naricita traviesa

entre las nalgas del joven, pegando su boca como una ventosa contra el ano, que dejaba escapar el fuerte y abundante semen del inglés.

A esta caricia, Maurice se enardeció de nuevo; tras dos o tres sobresaltos, su picha se hinchó y Sir Archibald, metiéndosela en la boca, le hizo una soberbia flauta a su doncel.

Lucette, por su parte, no estaba inactiva; introducía en su boca la polla de Sir Archibald, chupándola con amor, casi con devoción.

El resultado de estas deliciosas caricias fue una doble eyaculación por parte de los dos hombres, Maurice en la boca de Sir Archibald y Archibald en la boca de Lucette.

La fatiga cerraba los ojos de los tres amantes; hubo que separarse. Después de infinitos besos, prometieron verse al día siguiente.

*

Al día siguiente, la escena de la víspera se repitió; pero, esta vez, en el juego eran cuatro.

Miss Ketty, advertida por Lulu, aceptó alborozada unirse al amable trío.

Tras una buena enculada de Archibald a Maurice, las mujeres prestaron sus nalgas a los caballeros. Lucette fue enculada por Maurice y Ketty por Archibald; luego, Maurice sodomizó a Sir Archibald, mientras Lucette le hundía una vela en el trasero y Ketty chupaba la gruesa polla del inglés, profundamente enculado a su vez.

Dulces y vinos restauraron las fuerzas de los cuatro animosos lidiadores; luego, finalmente, se sacrificaron en aras del amor normal.

Archibald chupó y folló a Lucette, mientras Maurice prestaba los mismos servicios a Ketty.

Así, siempre que las circunstancias lo permitían, el cuarteto se reunía para hacer el amor.

Maurice, por otra parte, andaba atareadísimo; ahora,

además de Lucette, Ketty y Archibald, debía satisfacer a Madame de Mustelle, que se entregaba de todas las formas posibles al joven afeminado.

Provista de un *godemiché* —conocía los gustos de Maurice—, le enculaba, hundiéndole el vil instrumento en el trasero, y le regaba las nalgas con copiosas descargas de leche caliente.

Para Maurice era un placer sin nombre ser enculado por aquella exquisita dama; así pues, le pagaba con la misma moneda generosamente, enfilando su picha en el noble trasero que Monsieur de Boëme había tenido la dicha de poseer por primera vez.

De esta forma, las vacaciones transcurrieron en una orgía sin fin, y los días volaron demasiado aprisa para el gusto de los huéspedes del castillo de Mustelle.

Conclusión

Terminan las vacaciones - Todo se arregla — Rápida ojeada a los últimos acontecimientos

Las vacaciones tocaban a su fin y cada uno hacía los preparativos para su marcha. El viejo castillo se poetizaba con la melancolía de las despedidas.

Lucette se había hecho follar y encular una docena de veces por Sir Archibald; amaba con toda su carne, más que con su corazón, al hombre que había sido el primero en poseerla.

Así, cuando el inglés, ceremonioso y correcto, fue a besarle la mano, tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas de pequeña mundana para no dejar escapar una lágrima que asomaba entre sus largas pestañas.

Archibald se iba en misión diplomática a las Indias inglesas; pasaría mucho tiempo antes de que regresase… ¿Qué sería de ella, sin su «maridito», como lo llamaba?

Cariacontecida, volvió a París. Luego, pasaron los días, y los meses.

El amor de sus mamonas, Alice y Ketty, le hizo olvidar a Sir Archibald.

A los quince años era toda una mujer, a la que las caricias apasionadas de Ketty no satisfacían. Soñaba con un amor más sólido, con pollas duras y sólidas penetrando en su cuerpo.

Un día, pasando por el *office*, observó por primera vez que Firmin era un atractivo joven.

—Hummm —pensó—, eso podría, tal vez, no resultar desagradable… Pero esas molestas consecuencias… ¡Bah!, puedo evitarlas recibiéndole por detrás; por ese lado no hay nada que temer, es tan higiénico como una lavativa.

Tras decidir entregarse a Firmin, le provocó, se puso lánguida, mimosa, toda la gama de la seducción.

Firmin picó.

La primera vez fue en un cuartito oscuro, al azar de un

encuentro. Ella le agarró la polla y le arrastró a la oscuridad.

Mientras él le levantaba las faldas, ella se inclinó hacia delante. Él creyó que quería entregarse como una perrita; pero su estupefacción fue mayúscula cuando sintió la mano delicada de Lucette dirigir su arma hacia el agujerito más pequeño de su lindo cuerpo.

«¡Si quiere que le dé por el culo, allá voy!», pensó.

Apuntó sin precaución; pero Lucette, que estaba acostumbrada a este juego, la recibió fácilmente.

Muchas veces la poseyó así: una vez, en un canapé; otra vez, en el retrete; otra vez, en la cocina, delante de Alice, que montaba la guardia.

Durante este tiempo, Madame de Mustelle, que no se daba cuenta de nada, iba al encuentro de nuevos placeres.

Había plantado a Monsieur de Boëme por un joven *dandy* equívoco, guapo y demasiado afeminado, al que mantenía en compañía de un importante banquero, ya que el joven, siguiendo el ejemplo de César, era el amante de las mujeres y la mujer de los maridos.

Con Madame de Mustelle, recorría los lugares de voluptuosidad donde el amor adquiere, en ocasiones, las formas más extrañas.

Marcelle, que iba haciéndose cada vez más encantadora, era la compañera de juegos favorita de la inglesa.

Esta no se cansaba de comer el conejito y el culo de su pupila.

Se divertían las dos a lo largo de días enteros, en compañía de Alice y de Lucette, que no desdeñaban acompañarlas en sus placeres.

Así, el vicio, gran dueño y señor del mundo, el vicio amable, elegante y discreto, reinaba como dueño y señor en el hotel de Madame de Mustelle.

Todo el mundo, cada cual según sus inclinaciones, participaba en el pecado de la carne desahogándose en los altares victoriosos de la Venus Pandemos y la Venus Calípige, alcanzando de este modo, mal que les pese a los cascarrabias y a los puristas, el mayor placer humano.

Como los pueblos felices no tienen historia, la de Lucette

se termina aquí. Tal vez, algún día contemos cómo se casó, cuando acompañaba a su madre a los lugares de disipación de la Riviera italiana.